

EL SADICO DE BOSTON



KEITH LUGER



Mi nombre es Spencer Sutton y nací hace veintiocho años en esta misma ciudad de Boston, donde soy teniente de la Brigada de Homicidios.

Según la ficha que consta en los archivos oficiales, mi raza es la caucásica, mi cabello y mis ojos negros, mido uno ochenta y tres, pero no peso los setenta y cinco kilos que allí se señala, sino ochenta. Cuando ingresó en el Cuerpo, recién salido de la Universidad, en donde me gradué en Leyes, estaba delgado para mi talla.

En mi último año de estudiante conocí a Maggie Logan. Ella trabajaba en una cafetería.

Nos enamoramos locamente y dos meses antes de los últimos exámenes nos casamos.

Aquel verano, montamos en mi «Buick», modelo que había pasado de moda hacía tres años y nos fuimos a Florida. Fue un viaje maravilloso, del que tengo los mejores recuerdos.



Keith Luger

El sádico de Boston

Bolsilibros - Servicio Secreto - 912

ePub r1.0

LDS 31.12.17

Título original: *El sádico de Boston*
Keith Luger, 1968
Cubierta: Antonio Bernal
Ilustración interior: Altamira
ePub modelo
LDS
, basado en ePub base r1.2



SS SERVICIO SECRETO




SPENCER SUTTON
DIANA MERKEL

CAPÍTULO PRIMERO

Mi nombre es Spencer Sutton y nací hace veintiocho años en esta misma ciudad de Boston, donde soy teniente de la Brigada de Homicidios.

Según la ficha que consta en los archivos oficiales, mi raza es la caucásica, mi cabello y mis ojos negros, mido uno ochenta y tres, pero no peso los setenta y cinco kilos que allí se señala, sino ochenta. Cuando ingresó en el Cuerpo, recién salido de la Universidad, en donde me gradué en Leyes, estaba delgado para mi talla.

En mi último año de estudiante conocí a Maggie Logan. Ella trabajaba en una cafetería.

Nos enamoramos locamente y dos meses antes de los últimos exámenes nos casamos.

Aquel verano, montamos en mi «Buick», modelo que había pasado de moda hacía tres años y nos fuimos a Florida. Fue un viaje maravilloso, del que tengo los mejores recuerdos.

Volvimos a casa, la que yo había heredado de mis padres, una casa acogedora con un bonito jardín y, dos días después, recibimos la contestación oficial del Comisionado de Policía de la ciudad. Se había admitido mi instancia y debía presentarme a los exámenes de Ingreso en el Cuerpo, que había solicitado antes de irnos a Florida.

Obtuve el número uno entre los aspirantes, y la puntuación récord de cuantos exámenes se habían celebrado. Según dijo el Comisionado, «si Spencer Sutton respondía a las esperanzas que en él se depositaban, sería en el futuro uno de los más brillantes miembros de la policía de Boston».

Me había interesado la Criminología desde mucho antes de comenzar mis estudios en la Universidad, ya en la secundaria

compraba cuantos libros importantes se publicaban acerca del delito y del delincuente. De modo que, no me resultó difícil hacer buenas las palabras del Comisionado. En pocos años, adquirí una gran reputación que trascendió más allá de la ciudad donde vivíamos, y asistí a conferencias y congresos en que se debatían temas de Criminología.

Sin embargo, en mi vida algo empezó a fallar.

No fue culpa de nadie, pero Maggie no podía tener hijos. No le dimos importancia al principio, pero luego decidimos consultar a un ginecólogo. Su diagnóstico fue terminante. Maggie sufría de una anormalidad que le impedía ser madre. Naturalmente, no nos conformamos, y Maggie visitó otros ginecólogos, pero el fallo fue siempre el mismo.

Le dije a Maggie de adoptar a un niño, pero ella lo rechazó. No quería hijos de otros.

Entonces empezó con su manía de ver televisión a toda máquina y de coleccionar fotografías de perros. Se compraba revistas, recortaba las fotos y las pegaba en un álbum. Cuando el primer álbum estuvo lleno, empezó el segundo y luego el tercero…

Y también se puso a engordar. Le gustaban los bombones. Al principio era parca en consumirlos porque quería conservar una buena figura, pero llegó un momento, no sé cuando, en que ya no le importó.

Maggie mide uno sesenta y cinco y cuando me casé con ella pesaba sesenta kilos, que era un buen peso para exhibir todo su encanto, pero cuando iba por su cuarto álbum de fotografías caninas, Maggie daba en la báscula los ochenta kilos. Su rostro seguía siendo bello, a pesar de sus mofletes, pero la grasa le ocasionaba dificultades al respirar. De noche, dormía con la boca abierta y roncaba. Al principio, yo la golpeaba en el codo y la despertaba, porque me resultaba imposible conciliar el sueño oyendo aquel ruido infernal que brotaba por sus fauces. Ella me lo agradecía, pero al cabo del tiempo, se tornó irritable. Cada vez que la despertaba se ponía a dar gritos. Tuve que dejarla, y también yo me acostumbré a la sinfonía nocturna.

En mis primeros viajes a los congresos, Maggie me acompañaba, pero luego prefirió quedarse en casa.

Me encontraba yo en Nueva York, en marzo de 1966 cuando el

asesino que debía de ser conocido más tarde con el nombre del «sádico de Boston» cometió su primer crimen.

Leí las noticias en un diario, como cualquier otro ciudadano.

Carol Marshall, una mujer de treinta y cinco años, soltera, que vivía sola, había sido encontrada muerta en su casa por un amigo, Harry Mason. Carol no había sido violada y su cuerpo había recibido treinta y dos cuchilladas, y aparecía quemado por la punta de un cigarrillo.

Regresé a Boston días más tarde.

En casa me encontré con una novedad. Maggie jugaba en el sofá con un perro, un «bulldog», que al verme se puso a ladrar como un demonio.

—Hola, Maggie —saludé a mi mujer—. ¿Quién es tu amigo?

—«Dick».

—¿De dónde lo sacastes?

—Lo compré.

—Creí que te conformarías con tenerlos en fotografías.

Debo decir que sólo me han gustado una clase de perros, los perros-policías porque eran de utilidad para cazar criminales.

—¿No lo encuentras hermoso? —preguntó Maggie. Era feo como un demonio.

—Si tú lo dices…

Me acerqué al sofá y dejé la maleta en el suelo. Fui a besar a Maggie, pero el perro ladró con ferocidad.

—Tu chucho está celoso —dije.

—Seguro. De modo que será mejor que no me beses.

—Oh, sí, se podría enfermar —contesté con ironía.

Tomé una ducha fría y me vestí. Quería ir a la oficina para preguntar acerca del asesinato de Carol Marshall. A la primera noticia, la Prensa de Nueva York había agregado muy poca cosa. En el reciente congreso yo había sido designado para formar parte de la comisión que debía estudiar el sadismo en el crimen. Al cabo de un año, nos íbamos a reunir de nuevo en Montreal para informar acerca de nuestra encuesta.

Cuando regresé al *living*, me encontré con un cuadro estremecedor. Maggie estaba alimentando a «Dick» con bombones.

—Maggie, tengo que salir.

No me hizo ningún caso. Reía jugueteando con el feo «bulldog».

—Quizá no vuelva a cenar —dije.

—Oh, sí, Spencer. Puedes hacer lo que quieras.

Me dio la impresión de que había engordado más desde que me marché, pero ¿cómo podía ser si mi ausencia sólo había durado una semana?

Se había encargado del caso Marshall mi superior el capitán Ernest Farrell, un tipo de la vieja escuela. Estaba ya por los cincuenta años, y su frase favorita era que «un policía debía tener ante todo intuición». Para él la intuición era el noventa por ciento de la clave del éxito. No había adelantado mucho en su investigación. A decir verdad, estaba poco más o menos como el primer día.

El y sus colaboradores estaban interrogando a las personas que se habían relacionado con la difunta señorita Marshall.

El sargento Lex Sidney, con el que me llevaba muy bien, apostaba la paga de un mes a que el asesino era un lechero llamado Jonás Ryder, a quien en un registro se le habían encontrado una docena de postales pornográficas.

—Está claro, capitán —decía el sargento Sidney—. Tuvo que ser un hombre que encontrase fácil acceso a la casa. ¿Y quién mejor que el lechero? Todos los días iba allí a dejar un par de botellas.

—No pudo ser el lechero, Sidney —repuso Farrell.

—¿Por qué no, capitón? —pregunté. Me miró unos instantes y sonrió.

—Se lo diré, científico… Jonás Ryder tiene una gran aceptación entre las mujeres. Ha sostenido relaciones íntimas con distintas clientes. ¿Cree que un hombre así iba a cometer un delito de esa clase?

—Tendría que hablar pon Jonás Ryder para darle mi opinión definitiva.

—Esta vez usted y yo deberíamos estar de acuerdo, teniente. El asesino ha de ser uno de esos introvertidos.

—Perdone, capitán, pero ese punto de vista ha sido ya abandonado. Existen otras corrientes.

—De modo, que se rompen los viejos moldes para construir los nuevos.

—Todo está en constante evolución, capitán, absolutamente todo, y la Criminología no podía estar exceptuada…

Durante la semana siguiente no se avanzó ni una pulgada en el caso.

Yo me sumergí en mi trabajo. Asuntos de rutina, robos de automóviles, detención de los traficantes de drogas, captura de un ingenuo ladrón que robaba en los pequeños negocios amenazando a sus víctimas con una pistola de agua…

El «bulldog» ya no me ladraba, ahora me recibía gruñendo.

Maggie y él continuaban comiendo los bombones al cincuenta por cien. Los dos engordaban a ojos vista.

Era el primer día de primavera y lo tenía libre.

—Maggie —dije a la hora de desayunar—, ¿por qué no nos vamos al lago?

—¿Para qué?

—Podemos pescar como otras veces.

—¿Pescar? Lo encuentro tonto.

—Nos llevaríamos a «Dick».

—No puedo ir. Está enfermo.

—¿Sí? ¿Y qué tiene?

—Se resfrió.

—Yo no le noto nada.

—Claro, tú no le notas nada porque no entiendes de perros, pero el Pobrecito está resfriado… Ve tú solo a pescar.

—Está bien.

Pensé que me prepararía algunos bocadillos, pero tenía que atender a «Dick», y no se movió del sofá. Comería en el restaurante del lago.

Cogí mis aparejos, los metí en el coche y me largué de allí.

Al llegar al lago me puse muy triste. Allí había pasado muy buenas horas con Maggie, poco después de casarme. Dios mío y sólo habían pasado cuatro años. ¿Eran cuatro años o cuatro siglos? ¿Cómo era posible que un ser humano cambiase tanto en tan corto espacio de tiempo? Bueno, ¿no había dicho yo mismo al capitán que todo evolucionaba? La Criminología y Maggie no podían estar exceptuadas de esa evolución.

Lucía un sol radiante. Las aguas del lago eran surcadas por algunas lanchas con motor fuera borda.

Un automóvil se detuvo con chirriar de neumáticos y de él saltó una chica que se cubría con un bañador de una sola pieza de color

amarillo, la joven más hermosa que yo había conocido.

Así fue como vi por primera vez a Diana.

CAPÍTULO II

Era esbelta y poseía un cuerpo maravillosamente proporcionado, el cabello rubio. No tendría más de dieciocho años. Le acompañaba un muchacho de su misma edad, que saltó del coche y fue junto a ella.

—Te desafío a una carrera hasta la balsa, Diana.

—¿Y qué apostamos? —preguntó ella.

—Un beso.

—Ni lo pienses…

—Eso quiere decir que te ganaría fácilmente.

—Está bien. Apostado el beso, pero si yo gano, me invitarás a cenar en el «Club Picadilly».

—Eso me costará doce dólares.

—Lo tomas o lo dejas, Larry.

—De acuerdo.

—¿Listos?

—Desde luego.

Echaron a correr y se arrojaron al agua. Ella ni siquiera había reparado en mí.

Los vi bracear alejándose de la orilla.

Ella era una sirena y le sacó ventaja enseguida y luego, dándose cuenta de su superioridad, reservó las energías y empezó a bracear rítmicamente, conservando la distancia que la separaba de su rival.

¿Qué infiernos hacía yo allí? Había ido a pescar y aquél no era el lugar más adecuado. Sabía donde podría encontrar truchas, al este del lago, donde desembocaba un arroyo.

Allí, el terreno submarino tenía muchos agujeros, donde las truchas se escondían. Algunos buenos buceadores solían arrojarse al agua y atrapar las truchas con las manos. Pero eran multados, porque estaba prohibida aquella forma de pescar, si es que se podía

llamar así tal deporte.

Atrapé enseguida un ejemplar, pero era demasiado pequeño y lo arrojé al agua.

Quizá no era un buen día para pescar la trucha, pero había perdido mi interés por el pasatiempo. Con demasiada frecuencia, tenía en mi memoria a la muchacha del bañador amarillo. La comparaba mentalmente con Maggie. No con la Maggie de ahora, sino con la de hacía cuatro años. Entonces, Maggie también poseía un cuerpo maravilloso y era alegre, y se ocupaba de mí.

Me tumbé en la hierba, y fumé un cigarrillo, los ojos entornados pensando en lo que era mi vida, en lo que sería más tarde. Me convertiría en un criminalista famoso. De eso estaba seguro. Me gustaba mi profesión. Ya había escrito varios artículos y las grandes revistas del país y algunas extranjeras pedían mi colaboración. Un editor me había hecho una oferta para que escribiese un libro. Empezaba a ser conocido en Europa, pese a las burlas del capitán Farrell. El no podía entender muchas cosas, se había anclado en una época y allí estaba inmóvil. Naturalmente, podía acertar y no ser el lechero el asesino de Carol Marshall, pero sus argumentos eran ingenuos, y carecían de rigor científico. Un hombre podía disponer de muchas mujeres y matar de la misma forma que lo había hecho el asesino de Carol Marshall. El capitán no podía entender que un hombre habituado a la conquista fácil, se sintiese presa de una especie de locura, si la mujer que trataba de conquistar se opusiese a sus deseos. Para el capitán, sólo tenía validez aquella arcaica división de introvertidos y extrovertidos que el profesor Jung había establecido medio siglo antes. Aunque, en realidad, me costaba trabajo admitir que el capitán creyese siquiera en eso. Para él sólo existía su intuición. Probablemente, al ver al lechero, una voz interior le había dicho que él no era el asesino.

Me cansé de estar allí y decidí ir al restaurante.

Entonces la vi por segunda vez. Allí estaba la rubia muchacha, con suéter blanco y unos *shorts*, más linda y más hermosa, si cabía, que antes.

Su compañero no parecía muy satisfecho.

La mesa al lado de la de ellos se encontraba libre, y aunque había otras que también lo estaban, me senté allí.

Me atendió una camarera de cara pecosa a quien encargué unos

huevos con jamón y cerveza.

Estaba fumando un cigarrillo cuando oí al muchacho.

—Vamos a la cabaña, Diana.

—No —contestó ella.

—No estaremos solos. Jimmy me ha dicho que irá con Helen. Quizá haya otra pareja…

—Olvídalo, Larry.

—Cenaremos en el bosque y luego nadaremos.

—Ya nadé bastante por hoy.

—No es lo mismo allá arriba en la montaña, bajo las estrellas. Ella rió.

—¿Te sientes poeta, Larry?

—Claro.

—Menudo pillo estás tú hecho. Eres muy poeta aquí, pero cuando estemos en la cabaña…

—¿Quieres que jure que me estaré quieto?

—Hay cosas que no se pueden jurar. Tú mismo lo has dicho. Te gané yo en la carrera. ¿Y qué pasó? Te cobraste el beso. Eres un bruto…

Sentí odio contra aquel muchacho. El la había besado.

Me trajeron mis huevos con jamón, pero ya no sentía tanto apetito como antes.

—No seas aburrida, Diana —dijo Larry—. Vivimos en el año 1966… ¿Es que vas a meterte en tu casa en un día como éste?

—Quiero leer un libro.

—¿Leer…? ¿Qué cosa vas a leer?

—Un estudio sobre las pasiones.

—¿Sobre qué?

—Las pasiones. Está escrito por un francés. No debe tener interés para ti.

—¿Qué pasa con eso? Explícame un poco y quizá me interese.

—Hay pasiones relativas al yo.

—¿Cuáles?

—La glotonería, la avaricia, el fanatismo… Y hay otras pasiones que se refieren a los demás, al prójimo, como el amor, la ambición…

—A mí sólo me interesa esa clase de pasión que se llama amor.

—Marcha fogosa y desenfrenada.

—¿Eh?

—Estaba recitando un trozo del libro —rió Diana.

—Al diablo con ese libro. ¿De qué te sirve saber lo que dice ese francés…? Tengo otras ideas. Lo que vale es la experiencia de uno mismo. Tomemos como ejemplo el amor. Lo que cuenta es cómo ama uno.

—No está mal.

—Celebro te guste —dijo él.

Empecé a comer porque tuve miedo a que se diesen cuenta de que los estaba escuchando.

—Anda, Diana, vayamos a la cabaña.

Deseé con todas mis fuerzas que ella no fuese. «No, Larry, no vas a conseguir lo que te propones. Ella es una chica lista y te ha visto venir. Sabe lo que tú quieres. Pero te vas a quedar con un palmo de narices. No vas a lograr llevarla a la cabaña y, a la media noche, estarás solo y tendrás que conformarte con aullar a la luna como un lobo solitario».

—Está bien, Larry, iré contigo —dijo Diana.

Me sentía poseído por la ira. Me había equivocado. Sí, aquel muchacho se había burlado de mí, sin él saberlo.

Se dio mucha prisa en pagar. Luego los dos se apartaron de la mesa. De pronto, a ella se le cayó el bolso y vino a parar a mis pies.

Lo tomé y me levanté para dárselo. Nuestros ojos se encontraron.

Los de ella eran verdes, de un verde maravilloso, poblado de sedosas pestañas.

—Gracias —dijo con una sonrisa y sé le formó un hoyuelo en cada mejilla.

—No hay de qué —dije.

Ella y yo seguimos en el mismo sitio. Como clavados en el suelo, mirándonos.

—Diana —dijo Larry y tiró de su brazo.

Ella me dio la espalda y se fue con el muchacho.

Ocupé la silla y sentí que todo mi cuerpo estaba frío. ¿Por qué? Me sentí avergonzado. Era absurdo que una muchacha de dieciocho años me produjese aquel impacto. ¿No había conocido a otras mujeres atractivas en los últimos meses? Desde luego, las había conocido, pero ninguna había despertado en mí ningún sentimiento

especial.

«Te estás haciendo un lío, Spencer. Sólo pasa que es el primer día de la primavera. ¿Por qué no vuelves a casa con Maggie? Le darás una sorpresa y…».

No terminé los huevos con tocino. Bebí un café y fui a la playa de estacionamiento. Monté en el automóvil y emprendí el regreso a casa.

De pronto, a la salida de una curva vi a Diana que estaba en el camino, sola.

No hizo la señal de auto-*stop*, pero yo detuve el coche. Lo habría detenido aunque me hubiesen amenazado con una metralleta para no hacerlo.

—¿Necesita algo? —le pregunté.

—¿Va usted a la ciudad?

—Sí.

—¿Me quiere llevar?

—No faltaba más.

Dio la vuelta y se sentó a mi lado. Pude ver sus piernas más cerca y me parecieron más hermosas que antes, bronceadas, finas, suaves…

Arranqué.

—¿Tiene un cigarrillo? —preguntó de nuevo. Le di el paquete y el encendedor de gas.

—¿Quiere usted uno? —me preguntó.

—Bueno.

Encendió dos cigarrillos y me alargó uno.

Al sentir el cigarrillo en mis labios, di una gran chupada queriendo absorber el sabor de su boca.

Ella apoyó la cabeza en el respaldo. No dijo nada. Estaba allí quieta. Se limitaba a fumar.

—¿Qué le pasó con su compañero? —le pregunté.

—¿Eh? —dijo—. Oh, sí, ahora le recuerdo… Usted estaba sentado cerca de nosotros. Me dio el bolso cuando se me cayó.

—Sí.

No sabía si ella estaba disimulando. ¿Por qué no me recordaba, si nos habíamos mirado durante tanto tiempo cuando le entregué el bolso? ¿O es que me había parecido mucho rato y, en realidad, sólo transcurrieron un par de segundos?

—Larry y yo pensamos de distinta forma —dijo—. Bueno, usted tampoco lo puede comprender.

—¿No?

—Quiero decir que probablemente piensa lo mismo que Larry.

—No lo sé. ¿Cuál fue la discusión?

—Relaciones entre chico y chica.

—¿De un modo general?

—No. Muy concreto.

—Del amor, ¿eh?

—Sí, del amor.

—¿Y cómo piensa él?

—Más o menos, que un hombre y una mujer deben amarse sin reparos… —se interrumpió—. Oiga, ¿por qué le hablo de esto?

—Porque yo lo pregunté.

—Sí, claro. Pero usted es un desconocido. Nos separaremos enseguida. En cuanto lleguemos a la ciudad.

—Mi nombre es Spencer Sutton —dije.

—Diana Merkel —contestó.

—¿Lo ve? Ya no somos desconocidos —le sonreí—. Puede contarme lo que quiera. Soy un hombre comprensivo.

—¿A qué se dedica?

Me mojé los labios con la lengua. Ser policía no es fácil. Especialmente, en lo que se refiere a las relaciones humanas. Hoy día, por regla general, el policía es mantenido a distancia. Se le sonríe, se le habla, pero nunca se establece con él una corriente de simpatía. Es un individuo al que se echa mano cuando hace falta, al que se exige que cumpla con su deber al cien por cien, o mucho más, que haga milagros. Pero muy pocas veces es bien recibido en un círculo social.

—Soy teniente de la Brigada de Homicidios.

Lo dije serio, expulsando una bocanada de humo.

«Bien, Spencer, se acabó todo. Ahora ella se sumirá en un respetuoso silencio, y cuando llegues a la ciudad, te dará las gracias y desaparecerá de tu vida para siempre».

—Su profesión debe ser fascinante.

—¿Lo cree así?

—Estoy segura… A propósito, ¿qué opina del «Sádico…»?

CAPÍTULO III

—No tengo relación directa con el caso —contesté a Diana—. Quiero decir que no me ocupo de él.

—Sí, ya leí que es el capitán Ernest Farell quien lo investiga. Pero usted se habrá formado una opinión.

—Resulta prematuro hablar de una persona a la que no se conoce.

—Usted conoce sus actos.

—Sólo uno de sus actos.

—Yo creo que es un sicópata.

—Puede serlo y puede no serlo. Algunas veces se mata para aparentar.

—¿Quiere decir que el crimen pudo ser una simulación?

—Ha habido casos en que el agresor acabó con su víctima y luego arregló el escenario. Naturalmente, esa clase de crimen reúne unas circunstancias especiales. El asesino ha pretendido hacer creer a la policía que se trataba de un crimen anónimo.

—¿Piensa eso de la muerte de Carol Marshall?

—No. Ya le he dicho que no puedo pensar nada de una manera definitiva. Por ahora, nos encontramos ante un caso aislado y, deducir consecuencias concretas, podría dar lugar a errores.

Estábamos llegando a la ciudad.

—¿Qué tal es su mujer?

—¿Eh?

—Su esposa —dijo y señaló el anillo de mi mano.

Me dejó desconcertado, como si me hubiesen preguntado por una persona que no existía. Era realmente increíble que a su lado pudiese olvidar una cosa tan importante.

—Está enferma… —dije.

—Lo siento.

Me avergoncé de haber dicho aquello, pero, luego concluí que, en realidad, no había mentido. ¿No era una enfermedad lo que padecía Maggie? ¿No era una mujer joven que se había condenado a permanecer encerrada en la casa, primero con sus fotografías de perros y su TV, y más tarde reservando sus mimos para aquel feo «bulldog»?

—Déjeme aquí —dijo Diana.

—¿Es dónde vive?

—No. Yo vivo un poco más adelante. Pero quiero *ver* si en ese bar hay una amiga. El bar se llamaba «Dakota».

Llevé el coche al bordillo de la acera y, cuando frené, ella me sonrió y me alargó la mano.

—Encantada de conocerle, teniente.

Me quedé sin habla, pensando que probablemente ya no la vería más.

—Suerte, Diana —repuse estrechando su diestra. Fue una sensación muy agradable. Ella saltó del coche y yo arranqué.

Al entrar en mi casa, el «bulldog» me soltó un ladrido.

Estaban el uno junto al otro, en el sofá, viendo un programa de televisión. Los indios perseguían al chico valiente.

—Hola, Maggie.

Ella no me contestó, abstraída en el telefilme.

Fui al cuarto de baño, sin saber qué hacer y me lavé la cara y me peiné.

Oí los estampidos de los rifles y los revólveres, y, por el gran alboroto, deduje que el telefilme estaba llegando al final, pero enseguida Maggie cambiaría el canal en busca de un nuevo telefilme, y así hasta la hora de cenar.

Sonó la música gloriosa que anunciaba el fin de la de indios y fui al *living.*

—¿Qué pescaste? —preguntó ella.

—Nada. Bueno, una pieza pequeña, pero la devolví al agua…

—Estás perdiendo facultades.

—Sí, creo que debe ser eso… Maggie, vamos a salir.

—¿Adónde?

—Cenamos en cualquier parte, y luego damos un paseo.

—Te has vuelto a olvidar de «Dick».

—No se va a morir porque lo dejes un rato a solas.

—¿Morirse? Qué palabra más horrible —dijo Maggie y cogió a «Dick», entre sus brazos y empezó a besarlo en la cabeza.

—Como tú quieras —contesté y me fui al dormitorio.

Siempre estoy leyendo cuatro o cinco libros, me paso de uno a otro. Todos ellos tratan de lo mismo, criminología.

Me tendí en la cama y me puse a leer uno de ellos: «Tipología del Asesino».

No estaba conforme con el autor acerca de sus hipótesis sobre el asesino. En general los sicólogos que se ocupan del crimen son dogmáticos, establecen unos principios generales, que, según ellos, varían muy poco. Por el contrario, yo mantenía que el crimen es de por sí difuso. Estaba acariciando una teoría, construyéndola, pero sabía que estaba lejos de conseguir un trabajo completo. Esencialmente para mí, el crimen tenía un espectro amplísimo, tan diverso que los colores se confunden.

No sólo las condiciones económicas son determinantes de una especial aptitud criminal, ni siquiera la educación, ni los principios religiosos. Había algo más sutil.

El teléfono del *living* empezó *a* sonar e interrumpió mis pensamientos. Oí a Maggie:

—¿Sí? —dijo y luego gritó—. ¡Es para ti, Spencer! Había una extensión en la mesilla de noche.

—¿Quién es? —pregunté.

—Buenas tardes, Spencer —era la voz del capitán Farrell—. ¿Te molesto?

—En absoluto… ¿Qué pasa?

—Otro asesinato.

No hizo falta que dijese más. Otro asesinato significaba que había perecido alguien en las mismas circunstancias que Carol Marshall.

—Spencer, pensé que, a pesar de que tenías el día libre, y si no tenías nada que hacer, querrías acompañarme.

—Desde luego.

—Vente al 303 de la Avenida Pensilvania. Es una casa aislada, con jardín. Estamos aquí desde hace un rato.

—Voy para allá.

Me preparé en unos segundos.

Cuando salí al *living*, Maggie ya había cazado su nuevo telefilme.

—Maggie, me ha llamado Ernest Farrell.

—¡Silencio!

En la pantalla, una mujer lloraba abrazada a una viejecita.

El perro ladró como diciendo: «Estúpido, ¿por qué nos interrumpes?». Fui al 303 de la Avenida Pensilvania.

La casa ofrecía las mismas características que la anterior, según lo que yo había leído sobre el primer crimen.

El fotógrafo y otros muchachos del laboratorio estaban haciendo su trabajo.

La víctima podía tener aproximadamente la misma edad que Carol Marshall, unos treinta o treinta y cinco años. Estaba sobre la alfombra. Sólo cubría su cuerpo con el sujetador y las bragas. Su piel había sido quemada y el procedimiento podía haber sido la punta de un cigarrillo. El cuchillo había penetrado una y otra vez en la carne.

—Veintitrés cuchilladas —dijo el capitán Farrell—. Y no encontramos el arma.

—¿Quién es?

—Deborah Bond, treinta y tres años, viuda. Vivía de rentas. Su marido fue dueño de un negocio de una librería que ella traspasó. Sólo tiene un hermano que vive en Chicago. Ya está avisado… Tenía un amigo, Fred Jordan, un periodista. Los muchachos lo traerán de un momento a otro.

—¿Quién te dio la información acerca de Jordan?

—Una chica, Lucy Marrik. Vive en la casa más próxima. Es una muchacha de dieciséis años. Ella venía de vez en cuando para charlar con Deborah. Lucy vio por última vez a Deborah esta mañana. La víctima le dijo que había acordado una cita con Fred Jordan para esta tarde.

—¿Cuándo habló Lucy con Deborah?

—Esta mañana. Lucy se llegó aquí hacia las cuatro y media. Deborah le había dicho que le mostraría su vestido nuevo, un vestido que se había comprado y que estrenaría esta tarde para Fred Jordan. La puerta estaba entornada. Llamó y al no oír respuesta se metió en la casa… Después de interrogarla, uno de los chicos la llevó a su hogar. Estaba muy impresionada…

Me puse a husmear en las habitaciones. Encontré un paquete de

cartas en un cajón del dormitorio, y leí la primera… Decía cosas muy apasionadas: «Amor mío, te adoro… No puedo vivir sin ti… Sueño con el momento de tenerte entre mis brazos… Cuando pienso que te beso, mis labios se abrasan…». Al final de la carta había una F.

Había otras cuatro cartas y estaban escritas en el mismo estilo que la primera y siempre había una F. No constaba ninguna dirección.

CAPÍTULO IV

Volví al *living* y le entregué las cartas al capitán.

Empezó a leerlas, pero fue interrumpido por la llegada de Fred Jordan, el periodista. Era un tipo de unos cuarenta años, fornido, de manos grandes.

El cuerpo de Deborah ya estaba cubierto por una sábana y el capitán la retiró para que Fred viese a la víctima.

—¡Dios mío! —exclamó.

Las emociones nos tienen sin cuidado a los policías, porque hay tipos que son consumados artistas en el fingimiento. No se repartirían bastantes Oscars en Hollywood para premiar a los tipos que interpretan de una forma primorosa un papel para engañar a la policía.

—¿La conoce, Jordan? —preguntó el capitán.

—Es Deborah Bond.

El capitán cubrió la víctima con la sábana. Se acerca a Jordan.

—Hábleme de ella.

—Éramos buenos amigos.

—¿Desde cuándo?

—La conocí hace unos tres meses, en el cine. Ella estaba a mi lado. Hablamos y, a la salida, la invité a una cerveza… Desde entonces, nos vimos un par de veces por semana.

—¿Iba a casarse con ella?

—Bueno, quizá lo hubiese hecho.

—¿Le escribió cartas?

—¿Cartas?

—Sí. ¿Le escribió usted cartas?

—Oh, no, de ninguna forma.

—¿Por qué ha titubeado?

—Estoy aturdido, capitán, pero no escribí ninguna carta a Deborah. Farrell le mostró una de las cartas que yo había encontrado.

—¿No escribió usted esto? Jordan leyó unos instantes y dijo:

—No, señor. Puedo demostrarlo escribiendo unas letras… Yo nunca le escribí a Deborah.

—¿Quién cree que es el autor de las cartas?

—Deborah me hablaba muy poco de su vida.

—¿Qué fue ese poco?

—Sólo que estuvo casada… Que su esposo fue un hombre muy correcto y que la quería mucho, pero según Deborah, ella no le correspondía… Sin embargo, Deborah nunca se arrepintió de ese matrimonio. Me aseguró que su marido, a su manera, la hizo feliz.

—¿Qué hay de otros hombres?

—No había otros hombres… Quiero decir que ella no me habló de que existiesen.

—¿Cuándo tenía que verla la próxima vez?

—Hoy. A las cinco y media. Yo tenía que venir aquí por ella.

—Son las cinco y cuarto.

—Sí, capitán. Un poco más y habría llegado sin necesidad de que sus hombres se llegasen a mi periódica…

—¿Qué sección lleva en el «Star»?

—Los deportes. Justamente iba a proponerle a Deborah que me acompañase a Chicago. Se celebra un campeonato de boxeo la semana próxima… Pensé en Deborah se divertiría. Y bueno, debo decirlo todo.

—Sí, es lo mejor.

—Era una prueba que yo hacía.

—¿Una prueba?

—Si lo de Chicago resultaba bien, le pediría a Deborah que se casase conmigo. Pensé que ese viaje me serviría para conocerla mejor. Ya sabe, cuando uno está fuera de su ambiente, es cuando puede mostrar mejor sus posibilidades humanas.

Lo que pudiese decir ya aquel hombre no me interesaba. Decidí regresar al dormitorio para continuar mi pesquisa.

Estaba buscando un álbum de fotografías. Por fin encontré uno, aunque muy pequeño. Vi fotos de niños en grupos, y otros individuales, de una niña, siempre la misma, por lo que cabía

suponer que así había sido Deborah Bond de los seis a los diez años. Aparecía con sus padres en una granja. Había con ellos un niño, que debía ser aquel muchacho que residía en Chicago y que estaba ahora camino de Boston. Luego, apareció la foto de la boda. El marido era un tipo un poco más *bajo* que ella. Usaba lentes y era casi calvo, lo menos parecido al bello príncipe que soñase una joven con un buen físico como Deborah Bond. Más adelante, en otra foto, el matrimonio estaba con un hombre alto, bien parecido, con bigotito que sonreía. Detrás decía. «Robert y yo, con Frederick Fenton en octubre de 1962 en la Feria del Libro de Atlantic City».

Después de eso sólo había una fotografía, la de una tumba con una cruz en la que se leía el nombre de Robert Bond.

La otra tumba, la de ella, no figuraría nunca en aquel álbum.

Consulté en la guía telefónica y encontré un Frederick Fenton que era librero y que tenía su negocio en la Calle 183.

Le expliqué mi hallazgo al capitán y los dos nos fuimos para allá. En el camino, Farrell dijo:

—Era lo que me temía. La ola de crímenes. Sobrevendrá el pánico si no detenemos al «Sádico».

La librería de Fenton era pequeña, pero estaba ordenada con buen gusto. Había algunos clientes, casi todos con aspecto de estudiantes.

Nos atendió una dependienta, que debía estar también en la Universidad y trabajaba allí en sus horas libres.

Era monina, con el busto desarrollado. El capitán se presentó y dijo:

—Queremos hablar con el señor Fenton.

—Está en su despacho… Pero éste es un negocio honrado. No vendemos porquerías.

—¿Cuál es su nombre?

—Emma Smith.

—Hablaremos con su jefe, pero no hace falta que nos anuncie, Emma.

Fue a protestar, pero ya estábamos camino de la puerta que nos había señalado. El capitán llamó con los nudillos y entró enseguida.

Fenton estaba sentado tras una mesa en donde se apilaban los libros. Leía uno de tapas rojas. Vi el título, «*El* amante de *lady* Chatterley», la novela de Lawrence, cuya venta la pudorosa

sociedad inglesa había prohibido hacía mucho tiempo.

Conocía el libro y su subido tono, aun cuando se tratase de una obra de arte. El capitán volvió a decir quién era y me presentó.

—¿Qué pasa? —inquirió Fenton parpadeando mucho.

—Asesinaron a su amiga, Deborah Bond —contestó Farrell.

—¿Qué? ¿Cómo…? —tartamudeó.

—¿No conoce a Deborah Bond?

—Oh, sí.

—¿Desde cuándo no la ve?

—Desde hace seis meses.

—Pero le ha escrito cartas.

—¿Yo?

Intervine:

—Usted le escribió cartas muy entusiastas. Al parecer, era un gran admirador de ella… Se tomó algunos segundos para contestar, mientras nos miraba alternativamente. Por fin, detuvo los ojos en el capitán y dijo:

—Sí, le escribí esas cartas, pero no es ningún delito que yo sepa.

—Por el contenido de esas cartas, debo suponer que usted amaba a esa mujer.

—La amaba, capitán.

—¿Quería casarse con ella?

—Sí.

—Y ella lo rechazó. Hubo otro silencio.

—¿Lo rechazó Deborah Bond, señor Fenton? —repitió Farrell. Movió la cabeza de arriba abajo.

—Eso fue lo que ocurrió… No quiso saber nada de mí. Su respuesta no dejó lugar a dudas. No me quería… Me dijo algo desconcertante, que yo no respondía a su tipo de hombre ideal. Ustedes tenían que haber conocido a su esposo.

—Lo conocemos por fotografía.

—Lo celebro, porque así me ahorran comentarios. ¿Podía ser él, su tipo ideal?

—Bueno, cada mujer tiene un tipo ideal distinto —dije—. Recuerde a Lucrecio. Hace casi dos mil años escribió acerca de ese tema, y fue bastante concluyente. El amante de una negra ve en ella una morena picante; el amante de una sucia mujer, justifica tal defecto diciendo que ella desdeña el adorno; si es de tamaño

desmesurado, ella es majestuosa; si tartamudea, es una graciosa molestia; si es parlanchina, es un fuego siempre en movimiento —sonreí—. Naturalmente, este juego es recíproco. A la mujer le pasa lo mismo con el hombre…

El capitán arrugó la nariz porque mi disquisición literaria no era de su agrado.

—Señor Fenton —tomó de nuevo la palabra—, ¿dónde estaba usted esta tarde entre la una y las tres y media?

—No estaba aquí.

—¿A dónde fue?

—A dar un paseo.

—¿Lo vio alguien?

—No, me temo que no.

—¿Por dónde paseó usted?

—No fue por la Avenida Pensilvania, si es a eso a lo que se refiere. Estaba mucho más lejos de allí.

—¿Dónde?

—En la Avenida de Washington… Luego fui al parque. Estuve la mayor parte del tiempo en el lago de los cisnes. Me apoyé en la barandilla y estuve leyendo.

—¿Qué libro?

—Éste.

Intervine de nuevo.

—Es raro que usted no conociese «El amante de *lady* Chatterley».

—Claro que lo conocía. Lo estaba leyendo por segunda vez. El capitán volvió a la carga.

—¿Y dice usted que no lo vio nadie durante ese paseo?

—Bueno, quizá me vio alguien, pero yo no lo noté. Quiero decir que no vi a ninguna persona conocida, a ningún amigo…

—¿Qué hizo usted entre las cinco y las ocho de la tarde del 16 de marzo?

—¿Del 16 de marzo? No recuerdo.

—No ha transcurrido tanto tiempo. Haga un esfuerzo, señor Fenton. Arrugó el ceño.

—Creo que va comprendo.

—¿Sí?

—El 16 de marzo asesinaron a otra mujer… ¡Dios mío…! ¿Quiere decid que a Deborah Bond la mataron lo mismo que a

aquella mujer?

—Sí.

Fenton cerró los ojos con fuerza y los volvió a abrir.

—Pobre, Deborah.

—Responda, señor Fenton. ¿Qué hizo usted entre las cinco y las ocho de la tarde del 16 de marzo?

—No puedo recordar. Todo lo que usted me ha dicho me ha producido el efecto de un mazazo.

—Pues trate de reponerse y hágalo rápidamente porque se encuentra en una situación delicada.

—Usted ni creerá… —se interrumpió—. Oh, sí, claro usted es policía y necesita un culpable.

—No necesito un culpable, señor Fenton. Quiero al asesino.

—Perdone. Estoy muy nervioso.

—Trate de recordar —remachó el capitán.

—¡Oh, sí, ya lo tengo!… Estuve en el cine. El capitán exhaló el aire de sus pulmones.

—¿Con alguien?

—No. Solo.

—¿Qué cine?

—El Oriental.

—¿Qué programa vio?

—«Gran Premio». La película está interpretada por ese francés, Ives Montand, James Gamert y por Eve Marie Saint… Trata de las carreras de bólidos… Pienso verla otra vez. Nunca se ha hecho nada igual sobre los bólidos. Es apasionante.

—¿Quién lo vio allí?

—No encontré a ningún amigo. Espere, me vio el portero, el que rompió el boleto. Se llama Frankie.

Recuerdo que me dijo: «Va a ver usted una gran película, señor Fenton»… Entré a las cinco y cuarto. La película dura mucho. Tres horas. De modo que debí salir cerca de las ocho y media.

Eso comprendía el tiempo en que Carol Marshall había sido asesinada y lo exoneraba del primer crimen, siempre que estuviese diciendo la verdad.

El capitán hizo otras preguntas de rutina y nos marchamos. Fuimos al cine Oriental.

Frankie estaba de servicio. Era un tipo bajo, con muchas arrugas

en la cara.

—¿Frederick Fenton? Oh, sí, claro que lo conozco. Estuvo hace poco aquí a ver el film.

—¿Recuerda cuándo?

—Hace unos días.

—Me gustaría saber qué día concretamente.

—Espere un momento. Hoy es día 21… Operaron de anginas a mi hija Mary el 17, ¿sabe? Pedí el día libre y fue el anterior cuando vino el señor Fenton. Eso es, el 16.

—¿A qué hora?

—Dan el último pase a las cinco y media.

—¿Se puede salir del cine por otra parte?

—No. En absoluto. Ha de salir por aquí.

—Pero el señor Fenton pudo salir sin que usted se diese cuenta. Por ejemplo, con el público de la sesión que terminaba en aquel momento.

Pestañeó un momento.

—No, porque lo vi salir a las ocho y media.

—Pero pudo entrar de nuevo.

—Oh, no, no volvió a entrar porque lo hubiese visto.

—¿Está seguro de que lo vio salir a las ocho y medía?

—Claro. Me dijo que la película le había gustado mucho. Al entrar, le aseguré que pasaría un buen rato, porque el film era bueno.

Ya se había acabado el interrogatorio con Frankie y volvimos al coche.

—¿Qué piensas, Spencer? —me preguntó Farrell.

—Recuerdo el caso de Cecil Trevor, en Londres, hace tres años…

—¿Qué pasó?

—Muy sencillo, aunque aparentemente era complicada. Cecil Trevor entró en un cine, habló con el portero a quien conocía, se sentó en su butaca, pero sólo permaneció allí quince minutos. Luego se fue al lavabo y se maquilló. Fue un buen disfraz. Salió tranquilamente del cine y fue a hacer su faena.

—¿A quién mató?

—A su mujer, la estranguló con una media… Después, tranquilamente, regresó al cine, fue de nuevo al lavabo, se quitó el maquillaje, regresó al patio de butacas, y vio el resto de la película.

Más tarde se supo que aquel film lo había visto con antelación en otro cine.

—No estuvo mal… Ordenaré que vigilen a Frederick Fenton. No podemos hacer otra cosa ahora.

Fuimos a la oficina, en donde nos esperaban un *mantón* de periodistas. Algunos protestaban porque no habían sido avisados para hacer sus fotografías en la casa del crimen.

Compadecí al capitán Farrell. Le había caído en las manos un caso de los que quitan el sueño. Algunos diarios empezarían a pedir su cabeza.

Como yo no estaba ligado oficialmente al asunto, me libré del asedio con facilidad.

El sargento Sidney quiso pegar la hebra hablándome de un asunto que llevaba entre manos, pero era mi día libre y ya había tenido bastante jaleo.

Me libré de él y me fui a la calle.

Paseé sin rumbo, al menos eso me pareció a mí, porque, al cabo de una hora, me encontré delante del bar «Dakota».

Al darme cuenta del lugar al que me habían dirigido instintivamente mis pasos, me quedé perplejo. Era allí donde me había despedido de Diana.

Mi siguiente impulso fue entrar en el bar, pero di media vuelta y me encaminé a casa.

CAPÍTULO V

Maggie había dejado descansar el televisor, pero existía una explicación. Estaba atendiendo a «Dick».

—He telefoneado al veterinario —dijo—. Y me recomendó una medicina para perros.

Tuve que salir para comprarla.

Me imaginé el sacrificio que había sido para ella salir de casa. Pero, claro, el «bulldog» se lo merecía todo.

—¿Está la cena? —pregunté.

—¿Cómo quieres que haya preparado la cena?… El pobre «Dick» se encuentra cada vez peor.

Miré al perro y él también me miró como si dijese: «Tengo derecho a que me cuiden». Yo también le contesté con los ojos: «Por mí, te puedes morir cuanto antes, chucho».

«Dick», terminó aquel desafío con un ladrido. Me había comprendido.

Me puse las zapatillas, cogí mi libro de Criminología, y me senté en un sillón, dispuesto a esperar que Maggie se encontrase en disposición de servirme la cena.

Cuando terminó de darle la medicina a «Dick», me preguntó:

—¿Para qué te quería el capitán?

—Asesinaron a otra mujer.

—Bueno, todos los días asesinan a mujeres.

—Quiero decir que la asesinaron como a Carol Marshall… Se trata de un sádico.

—Un tipo escapado de un manicomio, ¿eh?

—¿Qué te hace suponer eso, Maggie?

—Bueno, está claro que el asesino está chiflado.

—Sí, es posible que no sea una persona normal.

—¿Posible? ¡Qué gran policía eres tú! —contestó con sarcasmo —. Claro que es un ser anormal…

—Continúa. ¿Cómo es él, Maggie?

—Un solitario, un hombre encerrado en sí mismo.

—Un introvertido, ¿eh?, empleando la misma palabra que el capitán Farrell.

—Sí, algo así. Probablemente no cuenta con ningún afecto. Eso es. Nadie lo ama y él se siente solo… De pronto, ha decidido vengarse de la sociedad.

—Has dicho antes que se escapó de un hospital de enfermos mentales.

—Naturalmente. Eso es lo lógico, que haya estado internado en alguna época de su vida. Un hombre así ha tenido que sufrir una perturbación mental…

—Quizá esa perturbación le sobrevino de pronto, o la sufrió antes, pero lo disimuló para que no lo encerrasen.

—Bueno, si estuvo encerrado o no, es cosa que tú debes investigar.

—No llevo el caso.

—Oh, sí. Lo había olvidado… Pues díselo al capitán.

—Se lo diré.

—¿Lo ves, «Dick»? —dijo al perro—. Mamá es muy lista. Papá le pide consejo y ella le da el mejor…

Miré al perro, trasmitiéndole mi mensaje: «No creas una palabra de lo que ella dice. No soy tu padre». El pareció decirme: «Me importa un rábano que seas mi padre, lo cierto *es* que yo soy el amo».

Lo mandé al diablo y continué leyendo.

Al cabo de un rato, Maggie se dirigió hacia la televisión para ponerla en marcha.

—Maggie, mi cena —le recordé.

—Te la prepararé en cuanto pasen el telefilme de Lucy.

—No te molestes. Yo mismo me ocuparé.

—Sí, será lo mejor. Hay carne, queso y tres o cuatro latas en el frigorífico.

Me preparé un filete poco hecho y después de despacharlo, bebí un vaso de jugo de tomate. Para final una taza de café.

Salí al *living* fumando un cigarrillo.

Lucy ya había terminado, pero ahora ocupaba la pantalla un ridículo actor que se dedicaba a hacer ridículos y pesados números cómicos.

Maggie reía a mandíbula batiente y todo su cuerpo se estremecía.

Dios mío. Habían pasado cuatro años. Aquélla era la mujer de la que yo me había enamorado locamente.

De repente, cruzó por mi mente una imagen. Vi a Maggie, en el suelo sobre la alfombra, cubierta tan sólo con el corpiño y las bragas, llena de cuchilladas y de quemaduras…

Aparté horrorizado aquel pensamiento.

Fue la primera vez que pensé en la muerte de Maggie.

* * *

Sonó el timbre del teléfono.

Miré el reloj. Eran las seis y cinco de la mañana.

Maggie roncaba en la otra cama. Dormíamos en camas separadas desde un par de años antes porque ella misma lo sugirió. A veces, sonaba el teléfono, como en aquel momento, y tenía que levantarme. Al principio, ella lo había soportado, pero luego se excitaba mucho.

De todas formas, debo decir que yo estuve conforme conque durmiésemos cada uno en su lecho. Últimamente había hecho una nueva sugerencia, la de irse a dormir a otra habitación. Ahora consideraba su decisión como inminente e irrevocable con la llegada a nuestro hogar del nuevo personaje llamado «Dick».

El perro dormía en un cuarto del fondo del corredor. Descolgué el teléfono.

—¿Sí?

—Hola, Spencer. Soy Lex.

—¿Qué pasa, sargento? Se supone que no entro de servicio hasta las siete y media.

—Hemos atrapado al tipo.

—¿A quién? —dije todavía aturdido por el suelo.

—Al «Sádico».

—Enhorabuena. El capitán debe de estar satisfecho.

—El capitán está rabiando.

—¿Por qué?

—Un ataque agudo de apendicitis… Se lo llevaron al hospital hace un par de horas. Ya lo deben estar operando… Traté de hablar con el Comisionado, pero se encontraba en Nueva York, y tardé un poco. El señor Bolger ha dicho que se encargue usted del caso…

Así era la vida. El asunto caía en mis manos cuando estaba solucionado. Pero ¿y si no lo estaba?

—¿Tenéis al detenido, Lex?

—Sí.

—¿Quién es?

—Alan Gaylord, un mecánico de automóviles. Dice que sólo confesará ante un superior.

—Está bien, Lex. Voy para allá.

Tomé una ducha fría, me vestí y, cuando crucé por el dormitorio, Maggie seguía durmiendo.

A mi llegada a la comisaría, Lex Sidney vino a mi encuentro con una taza de café en la mano. Dirigió una mirada hacia la puerta de la habitación en donde se interrogaban a los detenidos.

—Está ahí.

—¿Qué hace?

—Mirarse las manos y decir: «Todavía he de matar a más».

—¿Quién hay con él?

—Danny y Burt.

—¿Le sacaron algo?

—Nada.

—¿Cómo llegasteis hasta él?

—Por una llamada telefónica.

—¿Quién la hizo?

—Una mujer. Aseguró que el asesino de Carol Marshall y Deborah Bond era Alan Gaylord. Nos dio la dirección. Fue hace una hora. Fuimos a casa de Alan Gaylord y el propio Gaylord nos abrió… Es soltero. No me entretuve en perder el tiempo. Lo acusé de los dos asesinatos y él se limitó a sacudir la cabeza y a decir: «Está bien. Tenían que atraparme». Quise sacarle más, pero dijo que no quería hablar en su casa, sino en la comisaría, pero al llegar aquí puso una nueva condición, la de que sólo confesaría ante un superior. Justo cuando yo estaba ausente, la mujer del capitán llamó para decir que a Ernest se lo habían llevado al hospital…

Entré en la habitación donde estaba el detenido.

Los dos inspectores, Danny y Burt, me saludaron con la cabeza.

El detenido estaba sentado en una silla. Frisaba en los cuarenta y cinco años de edad, y era bajo, fornido, cuello de toro, cara de tipo mongólico, ojos separados, nariz chata, pómulos altos y labios gruesos, el cabello rizado, color castaño.

Estaba mirando el suelo y desde que yo entré no había levantado la vista.

—Soy el teniente Spencer Sutton de la Brigada de Homicidios, encargado de este caso, señor Gaylord.

Alzó los ojos y entonces dijo:

—Tiene suerte de que me hayan cazado. Mañana iba a matar a otra.

CAPÍTULO VI

—¿A quién iba a matar, Alan? —pregunté.

—No se lo diré.

—¿Por qué no, si ya no podrá matarla? Titubeó unos instantes y por fin dijo:

—Me callaré el nombre, teniente.

—Está bien, como quiera.

Acerqué una silla y me senté a horcajadas, frente a Gaylord.

Danny había puesto en marcha el magnetofón para registrar el interrogatorio.

—¿Qué edad tiene usted, Alan?

—Cuarenta y dos años.

—¿Padres?

—No.

—¿Hermanos?

—Tampoco.

—¿Dónde nació?

—En Nueva York.

—¿En qué parte de Nueva York?

—En el Bronx.

—¿Por qué vino a Boston?

—Para reírme de los puercos aristócratas.

—Que yo sepa, en los Estados Unidos no hay títulos de marqués, ni de duque…

—Es igual. Aquí hay aristócratas, se lo digo yo, teniente. Gente podrida de dinero, tipos estúpidos que se creen más que nadie porque sus antepasados llegaron con el «Myflower»… ¿Y sabe lo que hicieron al llegar? Apoderarse de las tierras que pisaron con sus pies… Mataron a los indios. Los mataron sin compasión, teniente.

Sí, aquel tipo estaba perturbado. Diana, otra vez Diana en mi pensamiento, había dicho que el asesino era un sicópata, y Maggie había llegado más lejos, considerándolo como un demente escapado de un manicomio. Alan Gaylord podía ser el favorito de ambas, pero no lo era para mí, al menos de momento.

—Gaylord se está yendo del asunto y creo que ha caído en contradicción —dije.

—¿A qué se refiere?

—A las muchachas asesinadas. No eran aristócratas, como usted las llama… Carol Marshall era una maestra que se había retirado por su propia voluntad, una solterona que no hacía daño a nadie, que vivía tranquilamente, en una casa modesta. Que yo sepa no se exhibía públicamente en reuniones de alto nivel social, ni hacía exhibición de sus joyas, porque no las tenía. Y tampoco viajaba en «Cadillac». Su coche era un «Ford», al alcance de cualquier ciudadano.

Se mojó los labios con la lengua.

—Descendía de uno de los viajeros del «Myflower».

—Ignoro ese detalle, Alan.

—Pues ya lo sabe.

—¿Como supo usted que Carol Marshall descendía de uno de los pasajeros del «Myflower»?

Se tomó unos momentos para responder.

—Lo consulté en una biblioteca.

—¿Qué biblioteca?

—Una de Nueva York.

—¿Cuál fue el libro que le dio la respuesta?

—¡Es absurdo que me esté interrogando sobre eso! ¡Le acabo de decir que yo la maté!

—¿Cómo lo hizo?

—¿Que cómo lo hice? Usted lo debió de ver. Treinta y dos cuchilladas.

—¿Qué hizo antes de matarla?

—Le apliqué la punta del cigarrillo en la piel.

—¿Por qué?

—Porque merecía esa clase de muerte por ser quien era.

—Y claro, usted disfrutó mucho haciendo aquello.

—Sí, teniente, gocé en grande —sonrió satisfecho—. ¿Dónde

está el arma?

—¿Eh?

—El arma con que lo hizo.

—La enterré, naturalmente.

—¿Por qué?

—Tenía que enterrarla para que ustedes no la encontrasen.

—Pudo borrar las huellas y dejarla en el lugar del crimen.

—Ustedes podrían haber seguido la pista del cuchillo. Sé como trabajan. Seguro que en poco tiempo hubiesen llegado al almacén donde lo compré.

—Es posible —saque el paquete de cigarrillos—. ¿Quiere fumar, Alan?

—No, gracias.

—¿No fuma?

—Algunas veces.

—Entiendo. No fuma ahora porque está nervioso.

—Oh, no, de ninguna forma. Estoy la mar de tranquilo.

—¿Qué hay con Deborah Bond? ¿También me va a decir que ella desciende de los pasajeros del «Myflower», y sacó el dato de ese libro que consultó en una biblioteca de Nueva York?

—Así fue.

—Miente mal.

—¿Cómo?

—¿Cuántos Marshall hay en los Estados Unidos, suponiendo que uno de ellos hubiese viajado en el «Myflower»? ¿Cuántos Bond…? No habría parado de matar.

—Sí, es posible que hubiese llegado muy lejos.

Me puse en pie y di unos pasos por la estancia. De pronto, me volví hacia Alan y lo señalé con el dedo.

—¿Estuvo encerrado alguna vez?

—No, no estuve en la cárcel.

—No me refería a la cárcel, sino a un hospital de enfermos mentales.

Vi en su cara reflejada la respuesta afirmativa. Su labio inferior se puso a temblar, y sus ojos parpadearon muy aprisa.

Me acerqué a él.

—Sólo quiere demostrar lo grande que es usted. Se lo quiere demostrar a sus compañeros, a las enfermeras, a los médicos. ¡Qué

gran publicidad! Saldría en la primera página de todos los diarios del país… La radio, la televisión se ocuparían de usted. Es eso, ¿verdad, señor Gaylord? Sólo ha querido atraer la atención sobre usted. Conozco a los de su clase, porque me las tuve que ver con otros que tenían la misma pretensión. Y en cuanto a esa mujer misteriosa que nos dio su dirección, fue alguien a quien pagó para que hiciese la llamada…

—¡Soy el asesino!… ¡Soy el asesino! ¡Yo las maté!… Tiene que citar aquí a los periodistas. ¡Lo exijo, teniente!… ¡Deben de estar…! ¡Tienen que sacarme fotografías…!

Hablaba muy exaltado, la cara bañada en sudor.

—Yo lo diré a quien voy a llamar, Alan —repuse—. A los loqueros. Son ellos los que se lo llevarán otra vez allí y no le harán ninguna fotografía. No saldrá en la primera página de los diarios, no hablarán de usted en la TV, ni en la radio, se lo aseguro, porque todo esto va a quedar entre nosotros.

Se levantó de golpe y la silla cayó en el suelo.

—Teniente, ¿es que no se da cuenta? Le ofrezco la oportunidad de salvar su situación. La gente pregunta, ¿quién es el asesino? Muy bien. ¡Ya lo tiene! El verdadero criminal se estará quieto. ¿Es que no lo entiende? Usted y yo podemos llegar a un acuerdo. El asesino no volverá a matar a nadie. No puede arriesgarse, ¿lo entiende? Mi precio es pequeño. Me volverán a encerrar, puesto que soy un hombre perturbado… Bueno, soy un hombre con la mente muy clara, pero para ustedes soy un loco… ¡De acuerdo, lo soy! Volveré allí, a la clínica del doctor Holmes. ¡Y ahora van a saber ellos quién soy yo!… ¡Lo van a saber! Yo soy un genio teniente, un hombre muy importante. Inventé un nuevo motor con el que un hombre podrá viajar a una velocidad de más de cuatrocientos kilómetros por hora. ¿Se da cuenta? Sólo tendrá que utilizar una rueda en cada pie. Se rieron de mí. Por eso le pagué a Marilyn Crane. Es una prostituta, ¿sabe? Una amiga mía. Le pagué veinticinco dólares para que le hiciese la llamada. Ahora lo tiene todo arreglado, teniente. Soy su asesino… Yo seré famoso. Usted también lo será…

Hice una señal a Danny y di irnos pasos hacia la puerta.

—Eh, teniente, ¿dónde va? —exclamó Alan.

—A prepararlo todo.

—Estupendo.

Lo preparé todo para que lo llevasen otra vez a la clínica del doctor Holmes. El propio doctor me dijo por teléfono que Alan Gaylord había estado recluido durante dos años en su establecimiento.

Era cierto que no tenía padres, pero tenía una hermana en Nueva York. No, Alan Gaylord no era nuestro hombre.

Capítulo VII

Habían transcurrido dos días desde que Alan Gaylord trató de ayudarnos haciendo su confesión.

No habíamos adelantado lo más mínimo. Interrogatorios y más interrogatorios a hombres altos y bajos, delgados y gordos, morenos, rubios, castaños y pelirrojos…

La operación del capitán Farrell resultó un éxito y estaba convaleciendo, pero tardaría un par de semanas en encontrarse apto para el servicio.

Fui a verlo para cambiar impresiones, y por fortuna no estuvo sarcástico.

Es fácil estar de acuerdo en lo fundamental cuando no se tiene ni un trozo de pastel al que hincarle el diente. Sólo surgen discrepancias cuando hay un camino a seguir, pero yo no tenía ninguno, y él tampoco lo tenía.

¿Seguiría el criminal algún plan especial?

Analizamos todos los puntos de vista, nombres, edades y situación de las víctimas, ubicación de las casas en el plano de la ciudad, y hasta tuvimos en cuenta la climatología. No, de todo ello no sacamos una conclusión válida porque no se podía sacar.

¿Quizá con una tercera víctima?

Sólo de pensarlo se me erizaba el vello de la nuca.

Una tercera víctima me correspondería a mí, porque yo era el encargado del asunto.

Los periodistas, por el momento, me respetaban puesto que yo había recogido el asunto de rechazo, aun cuando las críticas se dirigían ya contra el Departamento de policía.

Aquella mañana fui al bar de Joe para almorzar. Es donde voy siempre porque está cerca de la comisaría.

Joe es un antiguo agente. Se cansó de dirigir el tráfico y montó aquel bar. Tenía buenos precios y trataba bien a sus ex compañeros.

Me encontraba despachando un bistec con patatas cuando oí una voz femenina.

—Hola, teniente.

Era ella, Diana. Estaba de pie, ante la mesa, tan bonita como el día que la conocí. Se cubría con un suéter negro y una falda amarilla.

Me levanté.

—¿Me acompaña a almorzar, Diana?

—La verdad es que todavía no lo he hecho. Acepto Pidió lo mismo que yo.

—He leído en la Prensa que se hizo cargo del caso del «Sádico». ¿Cómo le va?

—Bastante mal.

—¿Quiere decir que no tiene una pista?

—Absolutamente ninguna. Guardamos silencio.

—¿Qué tal marchan sus cosas con Larry? —pregunté a mi vez.

—Reñí con él.

—Será una nube pasajera.

—No, fue definitivamente. Lo mandé al diablo.

—¿Por qué lo hizo?

—Porque no me gusta. En realidad, no me gusta ninguno de ellos, me refiero a los de la pandilla… Todos son muy parecidos a Larry. Ustedes tienen razón cuando critican a los jóvenes. Me refiero a que ellos no establecen distinciones entre las chicas. Para Larry y los demás, todas somos iguales… Y si una trata de diferenciarse, la consideran una cursi. Sonreí.

—¿De qué se ríe? —preguntó.

—De la forma de pensar de Larry y los otros.

—Debí nacer en su época, teniente.

—Eh, protesto. No soy tan viejo.

—¿Cuántos años tiene?

—Veintiocho.

—No se ofenda, pero yo le eché más.

—¿Cuántos más?

—Treinta y dos o treinta y tres.

—Soy muy serio.

—Bueno, quizá sea ése el motivo. Pero está justificado que lo sea, puesto que es un teniente de la Brigada de Homicidios.

—Sé divertirme también.

—No lo creo.

—Me ha gustado bailar, ir a reuniones. Sólo desde hace unos años vivo única y exclusivamente para mi profesión.

Trajeron su bistec con patatas y se puso a comer. Yo ya había terminado y fumé un cigarrillo.

Puso el cubierto en el plato y lo apartó diciendo:

—Sé que no tiene hijos.

—¿Y quién se lo dijo?

—Llamé a un periodista. Supuse que él tendría noticias de usted…

—¿Quién es?

—Lawrence Allison.

—Oh, sí, el de «Monitor». Nos conocemos bien. —Me dijo Lawrence que había cenado con usted y con su mujer algunas veces, pero que la última fue hace mucho tiempo.

—Así es.

Se hizo otra pausa.

—Diana, la engañé el otro día —dije.

—¿Acerca de qué?

—De mi mujer.

—No le entiendo.

—Ella no está enferma.

Entre las dos cejas del bello rostro femenino apareció un fruncimiento.

—¿Por qué lo dijo, teniente?

—Por hacerme el interesante con usted. Se echó a reír.

—¿De veras?

—Sí, Diana. Así fue. Escuché la conversación entre usted y Larry.

—Confesión por confesión. Ya lo sé.

—¿Lo sabe?

—Sí, me di cuenta de que nos escuchaba y le diré algo más. Tiré el bolso a propósito.

—Gracias.

—¿Por qué me da las gracias?

—Porque ha satisfecho mi vanidad varonil.

—Ojalá no lo hubiese hecho. No habría tirado el bolso si hubiese sabido que era usted casado. Pero ahora estoy perdida.

—No la entiendo.

—He estado preguntando y preguntando por usted.

—¿A Lawrence?

—Sí, y también he pasado dos días en una biblioteca para leer noticias suyas en los diarios atrasados, y hasta fui a la Universidad.

—¿Para qué?

—Para conocer los sitios donde usted había estado…

Aquello era demasiado imprevisto. Tenía la impresión de ser un boxeador a quien le estaban atacando en el rincón, que trataba de aclarar sus ideas, pero no podía porque, una fracción de segundo más tarde, llegaba otro golpe a mi cabeza y me aturdía más.

—Creo que me he enamorado de usted, teniente —dijo. Me pasé una mano por el cabello.

—Ande, suélteme el sermón, señor Sutton.

Miré sus bellos ojos. No había ningún pecado en ellos.

—¿Por qué ha venido a decirme todo eso, Diana?

—Lo necesitaba. Tenía un nudo en el pecho que me oprimía. Lo siento. Perdóneme. Me he comportado como una niña… Ande, dígame ahora lo que tiene que decirme.

—No sé lo qué tengo que decirle.

—Que es absurdo que me haya enamorado de usted, que sólo nos vimos un momento, que es usted casado y que está enamorado de su mujer y que la quiere con locura… Es eso lo que vine a oír de usted, teniente. Por favor, dígamelo. Tiene que ser sincero, tiene que serlo más que nunca en su vida…

Allí estaba yo con ella, la muchacha más preciosa del mundo. Lo había sido para mí desde que la vi con aquel bañador amarillo saliendo del coche deportivo, corriendo hacia la orilla del lago, desde que la escuché en la mesa del restaurante, desde que la tuve sentada a mi lado en el automóvil camino de Boston.

—¿Por qué se calla, teniente?

—Márchese. Se lo ruego, Diana.

Permaneció un rato sin decir nada, mirándome.

—Usted me ama, Spencer.

—No.

—Claro que me ama.

—No sea engreída.
—No, no es engreimiento. Lo he leído en sus ojos…
—Váyase y olvídeme.
Estaba muy pálida, se levantó.
—Qué estúpida debo parecerle. No me tenga lástima…
—No le tengo lástima.
Dio media vuelta y salió rápidamente del local.

CAPÍTULO VIII

Aquella noche estaba a punto de descargar una tormenta. Durante toda la tarde el cielo se había estado cubriendo de nubes negras. La temperatura había subido y era completamente anormal para aquella época del año.

Sólo habían pasado veinticuatro horas desde que Diana y yo nos vimos en el bar de Joe. Pero tenía la impresión de que había ocurrido como dos o tres años antes. Eso era muy malo para mí porque quería decir que la añoraba.

Deseaba olvidarla, pero eso era imposible. A cada momento estaba otra vez en mi imaginación. Si hubiese podido la habría borrado de mi mente con una esponja impregnada de ácido. Ella había acertado, la amaba. Pero algo en mi interior me decía que aquél era un amor enfermizo.

Maggie, el perro y yo estábamos en el *living.*

Por fortuna, el «bulldog» me ignoraba desde hacía ya un par de jornadas. Yo también lo ignoraba a él. Era un buen acuerdo para ambos.

Acababan de pasar un telefilme, el del chico valiente que era perseguido por los indios, y que siempre ganaba, un tipo mono que pegaba tiros con una estúpida sonrisa y que liquidaba a no menos de treinta indios por episodio.

—Es hora de que mi perro bonito coma —dijo Maggie.

—Maggie —dije—, te voy a dejar.

—Si quieres la cena, prepáratela tú.

—Estoy hablando del divorcio.

Me miró con los ojos agrandados y de pronto se echó a reír.

—Entiendo, estás haciendo conmigo uno de esos test sicológicos…

—No, Maggie, no es ningún test.

—No es momento para bromas. Tengo que darle la comida a «Dick».

—Demóralo por unos instantes.

—No puedo. Tiene hambre —se volvió para atender al perro.

—Quiero a otra mujer.

Cogió el perro entre sus brazos mientras reía y le acarició la cabeza.

—¿Has oído eso, «Dick»…? Qué divertido es tu papá.

—No me llames así —exclamé exaltado, levantándome.

Ella se volvió con brusquedad. Sus ojos destellaban intensamente.

—¿Hay de verdad otra mujer, Spencer?

—Sí.

—¿Quién es?

—No importa.

—Eres un miserable —respiró entrecortadamente—. ¡Un canalla!…

—Cálmate, Maggie. Yo no significo nada para ti.

—No voy a consentir el divorcio.

—Tenemos que separarnos. Es lo mejor para los dos. Te pasaré una pensión.

—Nada de eso.

—Te lo ruego, Maggie. Sé comprensiva. Nos hemos llevado muy bien hasta ahora.

—No consentiré que arruines nuestro matrimonio.

—¿Arruinar nuestro matrimonio? Tú lo arruinaste ya, Maggie.

—Qué tonterías.

—Sí, tú, cuando decidiste quedarte en casa para ver y escuchar tus malditos seriales de televisión. Entonces fue cuando te pusiste a comer y a engordar… Tú, cuando dijiste que teníamos que dormir en camas separadas porque te molestaban las llamadas telefónicas, cuando yo había soportado tus ronquidos.

—¡Estás borracho!

Se refería a que yo había bebido unos tragos de *whisky* para reunir coraje. Naturalmente, no estaba borracho.

—Maggie, ¿para qué continuar? Podemos seguir siendo buenos amigos.

—He dicho que no voy a consentir ese divorcio. Si intentas separarte de mí, juro que arruino tu vida. Además no puedes divorciarte sin mi consentimiento. Y eres un policía. No puedes ir como cualquiera a Las Vegas.

—Tú no me quieres, Maggie.

—Claro que te quiero, a mi manera.

—Maggie, no hagamos de esto una tragedia… Puedes continuar viviendo en esta casa. Te la regalo… Será tu parte en la separación. Juro que lo haré. Como ya te he dicho, tendrás también la pensión. Podrás vivir aquí con «Dick» y, si mi perro te parece poco, puedes traer los que te parezca…

—No, Spencer. Tú eres mi esposo. Prometimos estar unidos hasta que la muerte nos separe.

—Es cierto. Lo prometimos, pero ahora podemos acordar entre los dos que nuestra vida en común no puede continuar, porque no conduce a nada…

—¿Quién es ella? Los policías siempre os enamoráis de pelanduscas.

—No es una mujer de esa clase.

—¿Qué vas a decir tú? Ella es una cualquiera.

—¡No lo es, Maggie! Es una chica honesta.

—¿Quién te lo ha dicho? ¿Ella? —dijo con sarcasmo.

De repente, me di cuenta de que sabía muy poco de Diana, pero yo no podía discutir en el terreno de Maggie.

—Seguro que te guiñó el ojo y tú te sentiste como un flan, ¿eh, teniente?

—No seas vulgar, Maggie.

—¿Qué es ella? ¿Una princesa?

—No, no es una princesa.

—Ya sé, ahora me consideras muy poco. Pero no me pilla de sorpresa. Sabía que tendría que salir alguna vez… Antes de casamos te dije que te arrepentirías de que yo sirviese en una cafetería.

—¡No, no es eso! —Fui hacia ella—. Maggie, ¿por qué no poner buena voluntad? Ambos nos equivocamos. Nuestro matrimonio fue un fracaso.

—No te diste cuenta hasta que encontraste en tu camino a esa rubia, ¿o es pelirroja?

—Rubia.

—Acerté a la primera. Los hombres de tu edad se pirran por las bonitas rubias que se presentan ante ellos contoneándose un poco, y si es joven mucho mejor. ¿Es ella joven?

—Sí.

—¿Cómo de joven?

—Dieciocho años.

—Una menor de edad, ¿no te da vergüenza? Será que la engañaste.

—No, Maggie, no la engañé.

—Claro que sí. Eso fue lo que hiciste. La encandilaste con tu buen físico. Con veintiocho años te sientes en la plenitud de tus facultades. ¿Se dice así?

—Por favor, Maggie. ¡No sigas hablándome de esa forma! Todo entre Diana y yo fue casual.

—Se llama Diana, ¿eh?

—Sí, se llama Diana.

—Y has dicho que fue casual.

Recordé lo que me había dicho Diana, que se había fijado en mí como yo me había fijado en ella. Que supo que yo estaba escuchando su diálogo con Larry. Que dejó caer el bolso para que yo se lo entregase…

El perro se puso a ladrar.

—Haz callar a ese chucho.

—Pobre «Dick» —dijo acariciándole los flancos—. Oyes insultar a tu mamaíta y quieres defenderla….

—No le hables como si fuese una persona.

—«Dick», me entiende… Pobrecito, está sin cenar. Vamos a la cocina. La atmósfera de esta habitación es insoportable.

Echó a andar.

—¡Maggie! —grité.

El perro se puso a ladrar con más fuerza.

—No grites, Spencer, estás asustando a «Dick».

—¡Qué se vaya al infierno «Dick»!

—Eres un grosero, Spencer.

—No podemos seguir viviendo juntos. Nuestra vida será un infierno.

—No te preocupes. No es necesario que nos hablemos. Además, ese amor por la rubia se te pasará pronto Seguro que la olvidas

cuando se te cruce por el camino una pelirroja.

¿Vamos a estar siempre hablando de divorcio? Primero será Diana, luego será Susan, más tarde Marilyn… Claro, tú has de fijarte en las demás *chicas* porque la pobre de tu mujer engordó demasiado. Que injusto eres conmigo, Spencer, que injusto…

Salió del *living*.

Yo me quedé quieto, bañado en sudor. Cerré los ojos y entonces pensé por segunda vez en la muerte de Maggie.

Capítulo IX

El Comisionado me había llamado a su oficina.

Mike Bolger estaba bronceado por el sol de Miami, donde había pasado unas vacaciones.

Según decían, Mike Bolger había sido un gran conquistador de mujeres, pero ahora había sentado la cabeza porque se tomó en serio lo de su cargo.

—Spencer, ¿ha leído el artículo de Crane?

—No, nunca leo esa basura, pero me han hablado de lo que dice.

—Entonces, será mejor que lo lea.

Me alargó el periódico por encima de la mesa, y leí aquello. Había acertado con antelación. Era basura. Se hablaba de policías incompetentes, de oficiales irresponsables, de la amenaza que se cernía sobre Boston, de los próximos crímenes del «Sádico», de que se estaba provocando un estado de terror y que ninguna mujer solitaria podía estar segura en su casa…

—¿Y bien? —dijo cuando terminé.

—Era de esperar en Crane, es un especialista en golpes bajos.

—Lo malo es que yo estoy con él en este caso.

—Perdone, Comisionado, pero si usted cree que soy un oficial incompetente…

—No me refería a eso, Spencer. Quizá no me he explicado bien. Naturalmente, no estoy conforme con algunas partes del artículo, pero sí con el sentido general de que estamos obligados a proteger a los ciudadanos…

—La atención de Crane no ha sido poner de manifiesto esa parte de la cuestión. Es un tipo venenoso.

—Cuidado, teniente. No se deje influenciar por los sentimientos personales. Sé que usted y Crane tuvieron un altercado y estuvieron

a punto de llegar a las manos.

Se refería a un hecho ocurrido seis meses antes. Yo había descubierto un garito, un negocio bien montado en donde se desplumaba a docenas de incautos. Desde el momento en que supe su existencia y los localicé, dejé que actuasen una semana más porque quería atrapar a los jefes. Cuando fui a meterles mano, se interfirió el FBI porque, según ellos, se trataba de una cadena de negocios regida desde Las Vegas, y el delito tenía muchos aspectos de ser interfederal. Ése fue el motivo que utilizó Crane para dar a entender que quizá las autoridades de Boston no habían sido muy conscientes de sus obligaciones, y agregó otras palabras mal intencionadas con las que cualquier lector podía imaginar soborno.

En aquella ocasión atrapé por las solapas a Crane en un bar y le dije unas cuantas cosas.

Crane, al día siguiente, volvió a escribir y ya lo hizo más calmadamente, pero el tipo me odiaba y había estado esperando su desquite.

Ahora, con el caso del «Sádico de Boston», había sonado la hora de su venganza.

—Señor Bolger —dije—. Si me ha llamado para apartarme del caso, es mejor que no se ande con rodeos. Dígame a qué oficial he de poner al corriente y eso bastará.

—Es usted muy susceptible. ¿Qué le pasa, Spencer? Hasta ahora nunca había observado en usted ese aspecto de su carácter.

Yo estaba nervioso. Eso tenía que admitirlo.

—No voy a apartarlo del asunto —prosiguió Bolger—. Sólo quería hablar con usted, cambiar impresiones sobre este caso. Estoy recibiendo continuas llamadas telefónicas. Todos preguntan lo mismo. Si ya tenemos una pista, si el asesino va a caer en nuestras manos pronto. Con una tercera víctima, me temo que las cosas se agravarían rápidamente…

—Hemos seguido muchas pistas, pero ninguna de ellas nos ha conducido al culpable.

—Quizá lo tuvo ya en sus manos y no pudo probar su relación con los asesinatos.

—No, Comisionado, no creo que el asesino haya estado enfrentado a mí. Estamos completamente a oscuras. Ese tipo es muy listo. No deja huellas, y siempre se lleva el arma homicida. Nadie lo

ha visto entrar ni salir de las casas de su víctima. Pero sé que no puede gozar de la invisibilidad, que es un hombre de carne y hueso como nosotros y que forzosamente ha de cometer un error.

—Usted se refiere a un tercer crimen.

—Admito esa posibilidad, y la de un cuarto, y la de un quinto, mientras no esté en nuestras manos.

Usted debe comprender que me gustaría apresarlo antes de que pusiese sus manos en otra mujer.

—¿Cuántos hombres tiene en el caso?

—Doce.

—Pida más si los necesita.

—De momento, no hacen falta. Pero si se produce un tercer asesinato, me gustaría contar con mayor número.

El Comisionado se pasó una mano por el cabello.

—No quiero ni pensar en lo que va a escribir Crane cuando se cometa el tercer crimen. A usted le hará pedazos.

—Lo supongo.

—Quiero que me prometa una cosa.

—Diga, Comisionado.

—Usted dejará en paz a Crane diga lo que diga. Usted se limitará a atender el caso. Nada de discusiones con ese periodista. Continúe lo mismo que ha estado haciendo hasta ahora. No lea sus artículos.

—De acuerdo. Comisionado. Si Crane me ataca, me estaré quieto.

—Es una situación que a mí tampoco me gusta, pero usted conoce la única forma de acabar. Capturando al criminal.

—Haré todo lo posible.

Fui a mi oficina. Tenía mucho trabajo. Mis hombres y yo estábamos procediendo conforme a un plan a falta de la pista tan deseada.

Sobre mi mesa tenía docenas y docenas de fichas policíacas. Habíamos obtenido la colaboración del Servicio de Salud Mental del Estado. Trabé conocimiento con un par de centenares de tipos que, en algún momento de su vida, habían cometido delitos sexuales. Mis muchachos salían de la comisaría con direcciones para interrogar a cualquier sospechoso en un área de cien millas. De momento, ése era el límite que había establecido, ya que de lo

contrario habría necesitado no otros doce hombres, sino un centenar más. Yo iba reuniendo las informaciones, observándolas detenidamente, para corregir cualquier fallo. Era una táctica. Cada individuo sospechoso era objeto de una especial investigación que se suspendía en el momento en que se probaba la imposibilidad material de ser el autor de cualquiera de los dos crímenes. Me bastaba con uno, tenían que ser los dos. Aunque era improbable, podía ocurrir que el asesino de Carol Marshall no fuese el mismo que el de Deborah Bond, Los ciudadanos no nos ayudaban en nada, por el contrario eran un entorpecimiento, ya que diariamente se recibían docenas de llamadas señalándonos un hombre que se comportaba de una forma extraña. Pero, naturalmente, todo se tenía que investigar porque, en cualquier instante, podía surgir lo que estábamos esperando.

Sonó uno de los teléfonos de mi mesa y lo atrapé dispuesto a tomar nota de lo que dijese acerca del posible asesino.

—¿Teniente Sutton?

—Sí, soy yo —contesté y ya había reconocido su. Era Diana.

—Quiero verle.

—Lo siento, pero resulta imposible. Ya sabe, el trabajo.

—Lo entiendo, pero sólo quería despedirme.

—¿Despedirse? ¿Por qué? ¿Se va de viaje?

—Si.

—¿Adónde?

—A Europa. Saldré mañana. Me quedé un rato sin habla.

—Está bien, Diana. ¿Dónde quiere que nos veamos? —¿Sabe dónde está el «Club Logan»?

—Sí.

—Diga usted la hora, teniente.

—Las siete. Si me retraso un poco, se lo anunciaré.

—No se preocupe. Le estaré esperando… Hasta luego. Colgó sin darme tiempo a que yo agregase nada.

Me di cuenta de que alguien me estaba hablando, el sargento Sidney.

—Teniente, otro sospechoso. Steve Morgan. La denunciante es la señora Virginia Mineo. Tiene una pensión y el señor Morgan es su huésped. No sabe mucho de él. Sólo que habla en voz alta.

—¿Y qué le ha oído decir?

—Frases como ésta: «Os odio, mujeres hermosas y todo el que contribuye a disminuir vuestro censo, es benefactor de la humanidad».

—Dijo eso, ¿eh?

—Asegura que le ha oído decir otras frases por el estilo.

—Está bien. Vamos a casa de la señora Mineo.

CAPÍTULO X

Virginia Mineo era una mujer de cincuenta años, cabello gris, cara simpática, ojos azules que defendía con lentes de alta graduación.

Nos había hecho pasar a un *living* con un tresillo de tapizado muy gastado.

—¿Cuándo llegó su huésped a su casa, señora Mineo? —pregunté después de habernos presentado.

—Hace tres años, teniente.

—¿De dónde vino?

—Dijo que de Chicago. Me aseguró que había trabajado durante veinte años allí y que ahora tenía dinero para poder vivir sin trabajar… Le pregunté si tenía familia y me dijo que no, que había estado casado, pero que su mujer murió hace mucho tiempo. No sale casi nunca, teniente, pero cuando lo hace está mucho tiempo por ahí.

—¿Cuánto es mucho tiempo?

—Siete horas, ocho…

—¿Está ahora él en su habitación?

—Sí.

—Dígame, señora Mineo, ¿recuerda si el señor Morgan salió el 16 de marzo?

—Desde luego.

—¿Y el 21?

—También. Por eso estuve pensando y les llamé.

—¿A qué hora salió el 16 de marzo?

—Tengo buena memoria, ¿sabe? Leo los crímenes. Me gustan. Pero eso no quiere decir que yo sea una mujer sangrienta.

—No, desde luego.

—El 16 de marzo el señor Morgan salió aproximadamente a las

10 de la mañana y no regresó hasta las siete de la tarde… Y el 21 salió a la misma hora y regresó mucho más tarde. Pensé que le había pasado algo, ya sabe un accidente.

—¿A qué hora regresó?

—Hacía las nueve de la noche.

—Está bien, señora Mineo. Voy a hablar con el señor Morgan.

Subió conmigo Danny, el sargento Sidney se quedó con la señora Mineo, para continuar el interrogatorio.

Steve Morgan abrió la puerta cuando llamamos. Frisaba en los cuarenta y cinco años de edad y era alto, delgado, mejillas chupadas, nariz aguileña, ojos hundidos en las cuencas. Estaba en mangas de camisa.

—Queremos hablar con usted, señor Morgan.

—Lo siento, pero no dispongo de tiempo. Le enseñé mi credencial.

—Soy el teniente Spencer Sutton y éste es el inspector Daniel Cotten…

—¿Brigada de Homicidios?

—Sí, señor Morgan —contesté entrando en la habitación seguido de Danny.

Morgan cerró la puerta y se volvió hacia nosotros…

—¿De qué se me acusa, teniente?

—Todavía de nada.

Danny se puso a husmear en una mesa.

—Si no me acusa de nada, debo de ser un sospechoso, teniente.

—Debo contestarle que así es.

—¿En relación con qué cosa?

—La muerte de Carol Marshall y la de Deborah Bond. Hizo una mueca.

—¿Yo un asesino? —Se echó a reír—. Teniente, *lo* tomaría como una broma si no estuviese enterado de la gravedad de la situación.

—Celebro que se haga cargo.

—Pero han venido ustedes a una dirección equivocada… A propósito, ¿quién les habló de mí? —hizo una pausa y sonrió—. No es necesario que lo digan, ya lo sé, la señora Mineo.

Danny se nos acercó con un álbum de fotografías en la mano.

—¿Colecciona fotografías de mujeres hermosas, señor Morgan?

—Sí. ¿Es eso un delito?

—No, no lo es.

Danny abrió el álbum y pude ver fotografías de Carole Lombarg, la actriz que murió durante la Segunda Guerra Mundial, Marilyn Monroe, que acabó suicidándose, Jean Harlow, muerta trágicamente en la década del treinta…

—Al parecer, usted colecciona mujeres hermosas que ya se fueron al cementerio —dije.

—Sí, es mi «*hobby*».

—¿Por qué es su «*hobby*», señor Morgan?

—Soy libre de coleccionar lo que quiera.

—Sí, lo que quiera, pero no pueda coleccionar cadáveres.

—Ese álbum no contiene cadáveres, teniente. Sólo fotografías.

—¿Qué tiene usted contra las mujeres, señor Morgan?

—¿Yo? Nada.

—Miente. Es de los que creen que la hermosura de la mujer puede conducir al hombre a la perdición. Es de ésos. Confiéselo…

—Está bien. Lo admitiré…

Pensé que estábamos en el buen camino, que aquel hombre podía ser el «sádico de Boston».

—Señor Morgan, ¿en qué se ocupa además de coleccionar las fotografías de famosas artistas muertas?

—No hago nada. Salgo y paseo, o juego al ajedrez.

—¿Dónde juega?

—En el «Club de Los Corazones Solitarios», en la Calle 182. Otra cosa que encajaba. «Los Corazones Solitaria».

—¿Qué hizo usted el 16 de marzo?

—¿El 16 de marzo? Oh, sí, ya recuerdo fue el día que mataron a Carol Marshall.

—¿Dónde estuvo usted, señor Morgan?

—Estaba citado con mi amigo Johnny Market, un miembro de «Los Corazones Solitarios». Almorzamos en el club y jugamos al ajedrez.

—¿No salieron de allí?

—No. Hasta las seis o las siete.

—¿Qué hizo el 21?

—El día que mataron a Deborah Bond, ¿eh?

—Sí, señor Morgan.

—Estuve en el club casi todo el día.

—Supongo que también almorzó allí y jugó al ajedrez.

—Correcto, teniente.

Dejé correr unos segundos.

—Me temo que tendrá que acompañamos a la comisaría, señor Morgan.

—¿Para qué?

—Queremos comprobar su declaración.

—Muy bien. Si usted lo ha decidido, no pondré obstáculos.

—Gracias por su colaboración, señor Morgan.

El sargento y Danny se llevaron a Steve Morgan y yo me dirigí en un taxi al «Club de Los Corazones Solitarios», en la Calle 182.

Encontré en su oficina al secretario, un tal Red Vancey un tipo untuoso. Le expliqué de qué se trataba.

—¿El señor Morgan…? Un socio de conducta irreprochable. Todo un caballero, y no le mintió. Yo me paso la vida aquí desde que me eligieron para el cargo. Soy viudo, ¿sabe? Mi mujer murió hace doce años… Tengo mis habitaciones arriba. Del 15 al 22 de marzo hemos celebrado nuestro torneo de ajedrez correspondiente a la primavera. Soy el presidente del comité ajedrecista… Desde luego vi al señor Morgan el día 16 y también lo vieron una veintena de socios. El señor Morgan es nuestro mejor jugador. Sus partidas son seguidas con apasionamiento por todos los aficionados.

Se levantó y señaló un diagrama enmarcado, una de esas clasificaciones de los jugadores que intervienen en un torneo de ajedrez.

—Puede comprobarlo, teniente. Lo comprobé.

El día 16 de marzo, Morgan había jugado con Johnny Market, y el 21 con Leopoldo Polanski.

—Cuando el señor Morgan juega, viene por las mañanas hacia las diez. Almuerza aquí y se pone a charlar con los amigos. Su partida siempre empieza de tres a tres y media. Le bastaron dos horas y media para ganar a Johnny Market, pero estuvimos comentando mucho rato otras partidas… El día 21 jugó con el señor Polanski, y fue algo sensacional porque el señor Polanski es nuestro segundo mejor jugador. La partida duró cinco horas. También empezaron a las tres.

Le di las gracias y me marché de allí.

Llamé a la comisaría desde el primer teléfono y dije a Sidney

que soltase a Steve Morgan porque había quedado libre de sospecha. No lo podíamos encerrar porque coleccionase fotos de artistas famosas que ya habían muerto.

CAPÍTULO XI

—Hola, Diana —dije, y me senté a su lado.

Ella estaba bebiendo un «martini» y pedí otro para mí.

—¿Por qué te vas a Europa?

—¿Necesitas que te lo explique?

No, no había necesidad de ninguna explicación.

Callamos un rato y el camarero llegó con mi «martini». Bebí un trago.

—He hablado con Maggie, mi mujer, ya sabes… Le dije la verdad, Diana.

—¿Cuál es la verdad?

—Te quiero. Le pedí el divorcio.

—¿Eso hiciste?

—Sí, Diana. Pero no está dispuesta a concedérmelo. Todo lo contrario. Luchará contra mí, arruinará mi carrera si es preciso…

Ella cogió la copa y bebió muy aprisa hasta vaciar su contenido.

—¿Quieres pedir otro «martini» para mí, Spencer?

—Te vas a marear.

—Resisto mucho.

Pedí su «martini». Luego alargué la mano y cogí su diestra.

—Yo también he pensado mucho en ti, Diana.

—Pero no hay ninguna solución.

—Quédate. Todavía puede haberla.

—¿De qué forma?

—He de solucionar el caso que llevo entre manos y luego presentaré mi dimisión.

—No puedes hacer eso, Spencer.

—¿Por qué no?

—Tu carrera es muy importante para ti. Estoy segura de ello. Te

dije que me informé acerca de todo lo que se refiere a tu persona. Quisiste ser policía porque te gusta.

—Sí, me gusta, pero también puedo ser abogado criminalista, de modo que, el daño no será irreparable.

—No debí decirte nada.

—Diana, tú no tienes la culpa de lo que pasa entre Maggie y yo. Te aseguro que nuestro amor ya estaba muerto cuando apareciste en mi vida. Admito que lo hiciste en el momento más oportuno, pero insisto en que no influiste. Todo ha sido muy rápido… ¿Lo entiendes? Yo no podía dejar de querer a mi mujer porque tú aparecieses ante mí con un bañador amarillo. Estoy viendo constantemente a mujeres hermosas con «bikini», y con menos ropa, y ninguna de ellas me produjo un impacto especial… Sólo tú fuiste capaz de ello.

—Pero ella ha dicho que te arruinará.

—Se refiere a mi carrera de policía. Le daré la sorpresa renunciando.

—¿Cómo vas a ejercer en esta ciudad, después que haya puesto a la gente contra ti? Lo hará, Spencer, porque conoce mi existencia.

—Eso a ti y a mí no nos debe importar nada. Si es necesario, nos iremos a otra parte.

Puedo ser criminalista en Chicago, en Los Ángeles, en Detroit…

De pronto oí una voz:

—Celebro verle, teniente.

Era el periodista Edward Crane. Estaba entre Diana y yo, las palmas de las manos apoyadas en la mesa. Era un tipo de treinta y cinco años de edad, alto, rubio, bien parecido. Poseía tanto engreimiento que lo podría haber vendido en cajitas de cincuenta gramos y hacerse millonario.

—¿Qué quiere, Crane?

—Saludarle, sólo eso, saludarle… ¿Su mujer? —Estaba mirando a Diana y le sonreía. Tuve que contenerme mucho para no levantarme y atraparlo por el cuello.

—No, Crane, no es mi mujer. La señorita Diana Merkel, una amiga.

—Encantado, señorita Merkel. Diana se limitó a inclinar la cabeza.

Crane me dedicó otra vez su atención.

—¿Debo suponer que la señorita Merkel está relacionada con el asunto del «Sádico de Boston»?

—No, no lo está de ninguna manera.

—Ah, entiendo. Un policía tiene derecho a…

—¡Cállese, Crane!

—¿Dije alguna inconveniencia, teniente?

—Lárguese de una vez.

—No es usted muy correcto que digamos —dijo, y ya había borrado la sonrisa.

Espero que tenga éxito pronto, teniente… Por su bien. Crane se alejó de la mesa.

Otra vez sentí deseos de levantarme para atraparlo antes de que se perdiese de vista. Cerré los puños y Diana dijo:

—¿Lo ves? Sólo te traigo complicaciones. Ese periodista te hará pedazos cuando pueda.

—Ya me está haciendo pedazos. ¿No leíste su último artículo?

—Sí, por ello estoy arrepentida de haberte citado aquí.

—Podía haber ocurrido en cualquier otro lugar. Olvídalo.

—Me marcharé mañana a Europa. Está decidido.

—No lo hagas, Diana.

—Es mejor para nosotros.

—Espera unos días más, una semana.

—No sé si lo haré —se levantó—. Es mejor que nos separemos. Me puse en pie y ella me dio la mano, que estreché cálidamente. Sin decimos más, echó a andar hacia la puerta y salió a la calle.

Ocupé otra vez la silla y bebí el resto del «martini». Luego estuve andando por ahí como una hora antes de regresar a la oficina.

—Hay una carta personal para usted, teniente —dijo el sargento Sidney.

La carta estaba encima de la mesa. Había llegado por correo y en el sobre habían agregado tras de mi nombre: «Sólo la debe abrir el interesado».

La abrí y saqué un papel en que las frases habían sido construidas con letras recortadas de un diario. El texto decía así:

> «*Me inspira lástima, teniente. Está muy lejos de darme alcance. No podrá conmigo. Le haré un obsequio especial muy pronto*».

Eso era todo.

El sargento y mis hombres estaban allí, lo leyeron y envié el mensaje y el sobre al laboratorio.

Naturalmente, no había que pensar en encontrar huellas. Nos dirían la clase de máquina y de papel utilizado, así como el del sobre, y nos pondríamos a investigar en esa dirección, o sea lo mismo que buscar una aguja en un pajar.

El aviso del «Sádico» era claro y terminante.

El tercer asesinato ocurriría muy pronto. ¿Cuándo? ¿Hoy? ¿Mañana?

Informé al Comisionado por teléfono y en poco tiempo estuvo en la comisaría. Me encerré con él en su despacho.

—Señor Bolger —dije—. Hay que poner alerta a la ciudad.

—¿Qué locura se le ocurre? ¿Cree que voy a dar un boletín por la radio para poner a las mujeres en, guardia contra el asesino?

—Se podría buscar una fórmula.

—No existe ninguna fórmula. Si damos la alarma, cundirá el pánico… No hay términos medios… Además, con eso conseguiríamos muy poco. ¿Cuántas tendrán necesidad de abrir la puerta a una persona supuestamente conocida?

—Pero le resultará más difícil el acceso y quizá desista dotante unos días de cometer su crimen.

—Todo lo contrario. Sería un estímulo para él.

—De acuerdo. Si lo tomase como un desafío, tendríamos oportunidades para que alguien lo viese, y su propia osadía le haría cometer un error.

—No estamos de acuerdo, señor Sutton.

—No, ya veo que no.

—Lo siento, pero no puedo aceptar su plan. No daremos publicidad a la carta que usted ha recibido y prohibiré a nuestros hambres que hablen de ella.

—Como usted quiera, señor Bolger.

Salí malhumorado de aquella entrevista.

Fui al bar de Joe y bebí un *whisky*. Después de reflexionar, decidí ir a casa. Quería hablar con Maggie, tomar una ducha y cambiarme de ropa. Pensaba instalarme en la comisaría.

Abrí la puerta con mi llave, y me extrañó no oír la televisión.

Fui hacia el *living* y me detuve de repente, como si hubiesen

puesto en mi camino un cable de alta tensión.

Maggie estaba tendida en el suelo, y lo mismo que Deborah Bond, sólo se cubría con el sujetador y las bragas.

En su cuerpo no había menos de veinte heridas de cuchillo, y su piel aparecía quemada por muchos sitios. Tenía los ojos entreabiertos y una mosca se había detenido en su frente.

CAPÍTULO XII

No sé cuánto tiempo habría pasado. Quizá cinco, diez minutos. Yo seguía quieto, bañado por un sudor frío.

De pronto oí un gruñido y el raspar de una pata.

Había olvidado al «bulldog». Estaba encerrado en el cuarto de baño.

Apenas le abrí la puerta, corrió hacia el *living* y se detuvo ante el cadáver de mi mujer.

Olisqueó las heridas y ladró dos veces.

Atrapé el teléfono y llamé a la comisaría.

—Sargento, traiga a los hombres.

—¿Qué pasa, teniente?

—Ya lo hizo.

—¿Qué?

—Asesinó a mi mujer.

Bebí una ración de *whisky*, y sentí que me abrasaba la garganta y el estómago. Luego todo fue pasando como una pesadilla.

Con el sargento y los otros muchachos vino el teniente Leo Silver, un tipo al que no le entraba bien.

Los vi ir de un lado a otro, mientras yo permanecía sentado en un sillón y al lado el cuerpo de Maggie, el cuerpo que yo había amado. Maggie, la chica alegre que yo conocí en una cafetería con la que soñé durante mucho tiempo, con la que fui feliz y dejé de serlo.

Ya no existía ningún obstáculo entre Diana y yo. Me horroricé al pensar en eso.

El teniente Silver y el sargento Sidney salieron por unos momentos de la casa. Quizá iban a la cochera o a examinar el jardín.

Bebí más *whisky*, y empecé a marearme.

Estaba cansado. Había dormido poco durante los últimos días.

Nadie me hablaba. Ya había dicho todo lo que tenía que decir. Una de las veces abrí los ojos y vi que habían tendido una sábana sobre el cuerpo de Maggie.

Entonces se abrió la puerta y oí la voz del teniente Silver.

—Pase, Comisionado.

Sentí repugnancia al pensar que ahora Bolger se acercaría para decir: «Lo siento, teniente. Reciba mi más sentido pésame».

Abrí los ojos y vi al Comisionado ante mí, muy serio. Ya iba a decirme cuánto lo sentía.

—¿Por qué la mató, teniente?

El corazón me dio un vuelco. Pestañeé incrédulo.

—¿Qué ha dicho, Comisionado?

—Usted asesinó a su esposa. Tragué saliva.

—No diga eso, señor Bolger… ¡No lo diga!

—Hay en su vida otra mujer.

—¡Cállese!

—Sabemos que hay otra mujer, Sutton.

—Está desvariando, Comisionado.

—Mató a Maggie por esa chica.

—¿Qué saben ustedes de todo eso?

—Maggie habló con el teniente Silver.

—¿Que habló? ¿Cuándo?

—Sí, ayer. Maggie se lo contó todo.

—¿Qué es lo que le contó?

—La clase de altercado que usted había sostenido con ella. Usted le dijo a Maggie que se había enamorado de una chica llamada Diana. Usted le pidió el divorcio, pero ella se negó a concedérselo.

Miré a Silver. Estaba muy serio, observándome con sus ojos que parecían manchados de agua cenagosa.

—¿Es cierto, Silver? —pregunté.

—Sí.

No podía inventarlo, puesto que la discusión entre Maggie y yo no había tenido testigos.

—¿Por qué te lo contó, Leo?

—No lo sé. Pero ahora creo saberlo.

—¿Qué quieres decir?

—Que temía que tú la matases.

Salté sobre el teniente Silver y le agarré el cuello.

El Comisionado y Danny me cogieron de los brazos, de la cintura…

—¡Suelte a Leo! —gritó el Comisionado.

Había perdido la cabeza, pero Danny y Sidney lograron librar al teniente de mis zarpas.

—Tranquilícese, Sutton —dijo el Comisionado.

—¿Cómo quiere que me tranquilice? ¡Me han acusado de la muerte de mi mujer!

—Tenemos pruebas.

—¿Qué?

—Se trata de una prueba concluyente, Sutton.

—¿A qué clase de prueba se refiere?

—Al diario de donde recortó las letras para confeccionar la carta que se dirigió a sí mismo.

—¿De qué me está hablando, Comisionado?

—¿Es que has perdido la memoria de pronto? ¿No sabe a qué me refiero?

—Creo comprender que se trata de la carta que recibí en la comisaría, la que están investigando en el laboratorio.

—Sí, la que estaban investigando, porque ya no necesitan investigar.

—¿Y usted dice que yo la compuse?

Bolger hizo una señal al sargento y éste fue a la habitación del fondo del corredor, donde dormía el «bulldog».

Trajo un periódico entre sus manos. Lo exhibió ante mí, abriéndolo. Una de las páginas tenía las letras recortadas.

El Comisionado sacó del bolsillo la carta que yo había recibido y la puso junto al periódico.

No había lugar a dudas. Las letras de la carta habían sido recortadas de aquel diario.

Continuaba la pesadilla. Había llegado a su punto culminante. ¿O era yo un ingenuo y el punto culminante llegaría cuando me asasen en la silla eléctrica?

—Quiero su confesión, teniente —dijo el Comisionado.

—No la tendrá.

—Le conviene decir la verdad.

—Se la diré, señor Bolger. No tengo nada que ver con la muerte de mi mujer.

—Eso ya no lo puede creer nadie.

—¿Supone que yo soy el «Sádico de Boston»?

—No, no lo creo que sea.

—¿Entonces?

—Usted se aprovechó de la situación especial que creó el asesino… Usted se había enamorado de Diana, pero Maggie no estaba dispuesta a concederle el divorcio. Entonces, pensó en lo demás. Podía matar a Maggie impunemente, haciendo recaer las sospechas sobre una persona que nos es desconocida, sobre el sádico criminal que acabó con Carol Marshall y Deborah Bond… Por ello, lo preparó todo y empezó por mandarse la carta en que, supuestamente, el asesino le anunciaba un próximo crimen…

Sacudí la cabeza.

—No, señor Bolger, no hice tal cosa… No maté a Maggie… ¡No me envié esa carta…!

—¿Y el diario?

—Alguien lo puso ahí.

—No sea simple, Sutton. No podemos creer tal cosa… Sería mejor que confesase. Hasta ahora, fue un policía que siempre cumplió con su deber, uno de nuestros mejores hombres, el que más esperanzas había atraído sobre sí. Pero todos somos humanos. Usted ha faltado a su deber, ha quebrantado la Ley. Recibirá su castigo, pero se tendrán en cuenta las circunstancias. Si confiesa, se librará con una condena de diez a veinte años. Su abogado podrá alegar una momentánea perturbación…

—¡No siga, Comisionado! ¡Le digo que no tengo nada que ver con este crimen…! ¡No lo hice yo…!

—¿Por qué vino a su casa?

—Para hablar con Maggie. Iba a insistir en el divorció, lo admito. Hablé con Diana y quería marcharse a Europa. La chica se considera culpable de que las relaciones entre mi mujer y yo fuesen de mal en peor… También vine a descansar unos momentos antes de volver a la comisaría. Quería ducharme y cambiarme de ropa. ¡Ésas fueron las únicas razones!

—Tampoco lo podemos creer, Spencer. Usted vino aquí para descubrir el cadáver de su mujer.

El doctor Rusell vino hacia nosotros.

—Esta mujer ha sido muerta hace dos o tres horas.

—¿Dónde estaba usted hace dos o tres horas, Sutton? —preguntó el Comisionado.

Me consideré perdido porque yo había estado con Diana, pero luego paseé durante una hora sin ninguna compañía, y no recordaba haber visto a nadie.

Capítulo XIII

Se me había ocurrido algo.

—Un momento, Comisionado.

—¿Sí, Sutton?

—El arma, eso es. Si yo lo hice, el arma debe estar aquí.

—Está.

—¿Cómo?

—El teniente Silver la encontró en el jardín.

El teniente Silver cogió algo de un sillón. Lo había dejado allí un rato antes y yo no me había dado cuenta.

El cuchillo estaba envuelto en un trapo.

—¿Lo reconoce, Sutton? —preguntó el Comisionado señalando el arma. En la hoja se veían manchas de sangre y tierra.

—Puede ser uno de mis cuchillos —contesté, porque era del mismo modelo que los que Maggie y *yo* usábamos.

—¿Cuántos cuchillos tiene?

—Media docena.

—¿Seguro?

—Sí, media docena.

—El teniente ha mirado ya en el cajón donde ustedes los guardan. Sólo hay cinco. Me froté las sienes con la mano. Todas las piezas iban encajando.

—Comisionado, ¿no le parece extraño?

—¿Qué cosa?

—En los dos asesinatos anteriores el cuchillo no apareció. ¿Por qué iba a aparecer ahora? Está bien claro. Enterraron el cuchillo en el jardín para acusarme…

—Claro, ¿qué iba a decir usted?

—Deme una explicación.

—No podía marcharse de la casa con un cuchillo. Alguien lo podría haber visto soltarlo en algún sitio.

—¿Cree que no me las habría arreglado para desprenderme de él sin que me viesen…?

—Debo decirle que el cuchillo estaba bien escondido, detrás de unos arbustos. Fue cosa del teniente Silver. Vio un hilillo en la rama de ese arbusto. Es de color gris… El laboratorio nos dirá a qué traje pertenece, pero viendo el que lleva puesto, no tengo la menor duda de que es de usted…

Yo tampoco tuve duda respecto a que aquel hilillo de tejido perteneciese a mi traje.

Una pieza más acababa de entrar en el engranaje de aquella hermosa trampa. A continuación, me quitaron la pistola.

La puerta se abrió y Danny dijo:

—Pase.

Entonces, la sangre se me heló en las venas. La persona que entró fue Diana. Al verme, vino hacia mí muy seria.

—¿Qué pasa, Spencer? Nadie dijo nada.

Diana siguió la dirección de mis ojos y vio la sábana que cubría el cuerpo de Maggie.

—Es Maggie —hablé con voz ronca—. Creen que la maté yo.

—Creemos algo más, señorita Merkel —intervino el Comisionado. Yo grité:

—¡Cuidado, señor Bolger! No quiero que la involucren a ella.

—No tengo, yo la culpa, Sutton. Usted es un profesional y sabe cómo se realiza una investigación. ¿Quiere callar y no contestar hasta que se le pregunte?

Guardó silencio.

El Comisionado se dirigió otra vez a Diana:

—¿Cuándo vio por última vez al teniente Sutton, señorita Merkel? Ella no contestó.

—Di la verdad, Diana —apremié, porque ahora sólo me interesaba su seguridad.

—Estuve con Spencer.

—¿Dónde?

—En el «Club Logan».

—¿Cuándo acordaron esa cita?

—Hice una llamada telefónica al teniente Sutton.

—¿A qué hora?

—Más o menos a las cuatro y media.

—¿A qué hora se vieron en el «Club Logan»?

—Yo llegué un poco antes de las siete y Spencer lo hizo unos quince minutos después. El Comisionado carraspeó.

—¿Está enamorada del teniente Sutton, señorita Merkel?

—¡No contestes, Diana! —exclamé—. Tienes derecho a consultar con un abogado… El Comisionado sonrió.

—Se está comportando usted como un novato, teniente… Diana habló decidida.

—Contestaré a sus preguntas, Comisionado. No tengo nada que esconder —hizo una pausa y agregó—: Estoy enamorada de Spencer Sutton.

—Gracias por su sinceridad, señorita Merkel. Y ahora dígame, ¿qué fue lo que acordó con Sutton esta tarde?

—Sólo era una despedida.

—¿Una despedida?

—Me marchaba a Europa y por eso quería ver a Spencer.

—De modo que, renunciaba al señor Sutton…

—Sí.

—¿Por qué?

—Spencer me contó cierta conversación que sostuvo con su mujer. Ella no quería concederle el divorcio.

—¿Y qué decidió Spencer?

—Nada. Simplemente me dijo que esperase unos días más antes de marchar a Europa.

—Eso quiere decir que quizá, al cabo de unos días, no existiría ya el obstáculo que se interponía entre ustedes.

Esta vez no pude contenerme.

—¡No tiene derecho a sacar esa conclusión! ¡Es gratuita!

—Silencio, Sutton. Si vuelve a abrir la boca, ordenaré que lo lleven a otra habitación y continuaré el interrogatorio de la señorita sin su presencia.

Apreté los puños y sacudí la cabeza.

—De acuerdo. Comisionado. Continúe.

—Señorita Merkel, ¿a qué se dedica usted?

—Estudio en la Universidad.

—¿Qué estudia?

—Ciencias Económicas.

—¿Quién es su padre?

—Gregory Merkel, director del Banco Atlántico. Mi madre murió cuando yo tenía siete años.

—¿Hermanos?

—Uno. Está casado y reside en París… Tiene tres hijos.

—Volvamos a sus relaciones con el señor Sutton. ¿Le dijo él que había decidido acabar con su esposa?

—Claro que no, y le diré algo más. Comisionado. Le diré que él no mató a su mujer.

—Es admirable su fe en el señor Sutton, pero las pruebas dicen otra cosa, y eso es lo que nosotros tenemos en cuenta a la hora de decidir sobre la culpabilidad de una persona. Señorita Merkel, he sugerido al señor Sutton que debería confesar. El insiste en que es inocente, pero usted debe ser más sensata. Si quiere a este hombre, debe contarnos la verdad. Sólo entonces podrá ayudar al señor Sutton.

—No tengo nada que añadir a lo que Spencer ha dicho.

Se abrió otra vez la puerta y apareció un nuevo personaje del drama. El periodista Edward Crane.

Vino hacia nosotros y se detuvo mirando aquel bulto bajo la sábana.

—¿Quién es la víctima, Comisionado?

—La esposa del teniente Sutton.

Hizo un gesto de sorpresa. Luego me miró y apartó los ojos para observar a Diana.

—Creo que lo comprendo todo —dijo.

La cólera fue subiendo otra vez por mis venas hasta la, cabeza.

—Crane, no saque falsas deducciones —gruñí.

—Tengo la impresión de que su jefe ya las ha sacado por mí. ¿No es verdad, señor Bolger?

—Señor Crane —dijo el Comisionado—. Uno de nuestros hombres pasó por el «Club Logan». Un camarero le informó de que usted había hablado con Diana Merkel y con cierto hombre que la acompañaba. El hombre *ha* resultado ser el teniente Sutton. ¿Quiere decirnos lo que sepa con respecto a esa entrevista?

Capítulo XIV

Crane contestó:

—Yo no conocía a la señora Sutton y tomé a esta joven por la esposa del teniente Sutton. Eso pareció irritar al señor Sutton. Tuve la impresión de que el teniente me hubiese roto la cabeza de buena gana.

Me creí obligado a intervenir.

—Comisionado, Crane tomó a Diana por una mujer cualquiera. Sólo me limité a pararle los pies, pero cumplí la palabra que le di a usted. Debí romperle la boca, pero lo dejé marchar entero.

El periodista sonrió jovialmente, como si le acabase de dedicar unas palabras de elogio.

Pero demostró enseguida que tenía razón para reír.

—Según parece, el teniente es una persona muy excitable, capaz de cualquier cosa cuando alguien no está conforme con él.

Fui a levantarme, pero el teniente Silver me apoyó la mano en el hombro.

—Quieto, Sutton.

—Señorita Merkel —rezongó el Comisionado—, puede marcharse, pero la necesitaremos muy pronto.

Diana me miró a los ojos y yo dije:

—Siento haberte metido en esto, Diana.

—No te preocupes. Lo importante es que se den cuenta de que eres inocente.

—Eso va a ser algo difícil.

Diana sonrió con amargura y se fue de la casa.

Me encontré más solo que en todos los días de mi vida, a pesar de que allí había muchas personas, pero todos ellos creían lo mismo: que yo era culpable.

Crane dejó oír su desagradable voz después de haberse marchado Diana.

—Comisionado no quisiera ser cruel con el cuerpo de policía de esta ciudad. El hecho de tener entre sus miembros a un asesino, no da derecho a culpar a los demás abnegados funcionarios…

Hablaba untuosamente y me recordó la cobra que se mueve de un lado a otro antes de verter su veneno.

—Pero usted sabe cuál es mi obligación, Comisionado —prosiguió el puerco—. Soy un hombre que se debe al público. Debo informar, señor Bolger.

—Hágalo, siempre que sea objetivo.

—Naturalmente, lo seré.

Reí con los dientes apretados.

—Señor Bolger —dije—. ¿Cree de verdad que Crane será imparcial?

—¿Por qué no va a serlo?

—Porque me odia, Comisionado.

Crane intervino riendo, y lo hizo con verdaderas ganas, no rabiosamente como yo.

—Es natural que odie el crimen. ¿No lo odiaba usted antes de que empezase a matar?

—¿Qué quiere decir? —pregunté, aunque lo había entendido bien.

—Es bien sencillo, señor Sutton. Usted asesinó a las otras mujeres, pero sólo le interesaba hacer desaparecer a su mujer. El Comisionado sacudió la cabeza.

—Yo en su lugar, Crane, no intentaría relacionar a Sutton con los otros dos asesinatos. Sólo pienso que aprovechó las circunstancias favorables.

—Es posible.

—No acuse al señor Sutton de las otras dos muertes, al menos hasta que no tengamos pruebas.

—Está bien, Comisionado. Lo haré por usted. Bolger y Crane se estrecharon la mano.

—Podían inmortalizar este momento —dije con sarcasmo—. ¿Por qué no me hacen una fotografía?

Crane me hizo un saludo con la mano.

—Lo veré en el juicio, y gracias por proporcionarme material

para vivir durante unas semanas.

—No hay de qué, señor Crane… Le haré tragar todo lo que escriba.

—¿Cuándo, Sutton? ¿En el infierno, quizá?

—Mucho antes.

—Me temo que no estará en situación de hacer nada. ¿No es verdad, Comisionado? ¿O es que dejará libre al asesino?

—El señor Sutton no disfrutará de ninguna ventaja especial. Será encerrado en una celda, como cualquier ciudadano que se encontrase en sus circunstancias.

—Lo celebro, señor Bolger. Eso dice mucho en su favor y en el de la policía, a pesar del teniente Sutton. Pero, según la Biblia, en las mejores familias hay una oveja negra.

Salió también de la casa.

—¿Puedo fumar un cigarrillo?

—Claro —dijo el Comisionado.

Encendí un cigarrillo y, después de arrojar unas bocanadas de humo, murmuré:

—Comisionado, concédame un par de días.

—¿Un par de días para qué?

—Para dar con el asesino.

—No esperaba oír eso de usted.

—Oh, sí, ya sé que usted quiere una confesión de que yo maté a mi esposa. Pero ¿cuántas veces quiere que le diga que no puedo dársela porque no la maté?

—Lo siento, Sutton, pero ya terminé con usted. Hablé en serio a Crane cuando le dije que no gozaría de ninguna preferencia —hizo una pausa—. Teniente, llévese al detenido. Lo hago responsable de él. Que le acompañen un par de hombres.

Me puse en pie y miré una vez más el cuerpo de mi mujer cubierto con una sábana. Tal como estaban las cosas, ni siquiera asistiría a sus funerales. ¿Cómo puede el asesino de su esposa rezar por el eterno descanso de su alma?

—Vamos, Sutton —dijo Silver, y me empujó hacia la puerta.

Viajé entre el teniente y el agente inspector Bill Mason en el asiento trasero del coche.

Al llegar a la comisaría, fui fichado como cualquier delincuente, me quitaron vinos hilos del traje y me encerraron en una celda.

—Estaré a tu disposición —dijo Silver—. Si quieres agregar algo a lo ya dicho, sólo tienes que llamarme.

—Eres muy amable.

—Yo insisto en lo que te dijo el Comisionado. Una confesión lo arreglaría todo.

—Para vosotros.

—Para ti también.

—No esperes nada de mí, Silver.

Se encogió de hombros y desapareció.

Allí estaba yo, entre barrotes, donde tantas veces había visitado a nuestros detenidos para hacerles hablar. Cualquiera de ellos se habría divertido mucho al verme. De todas formas, muy pronto empezaría la diversión, en cuanto leyesen a Edward Crane. Su artículo sería una pura cadena de mentiras, pero ¿cómo pulverizarlas si mi propio jefe, el Comisionado, estaba de acuerdo con él?

Tenía que serenarme, pensar minuciosamente.

Hasta ahora no había tenido oportunidad para ello. ¿No había dicho el propio señor Bolger que yo era el policía en que todos habían depositado sus esperanzas? ¿Por qué no demostraba que eso era verdad?

Encendí un cigarrillo y me tendí en el camastro. Tenía que recordar, punto por punto, los detalles.

Así fue como empecé a reconstruirlo todo, empezando por el primer crimen, luego el segundo y por último el de Maggie.

El asesino me conocía. Había seguido mis pasos. Estaba al corriente de mis relaciones con Diana.

Lo había calculado todo desde el principio hasta el fin, y lo más asombroso era que su plan había salido bien, sin un solo fallo.

Me levanté y me puse a gritar.

—¡Leo…! ¡Ven aquí, Leo!

Al cabo de un rato, el teniente llegó por el corredor.

—¿Ya te has decidido a confesar, Spencer?

—¿Tienes el informe del laboratorio con respecto al hilo de mi traje?

—Sí, y ya no hay ninguna duda. Los dos hilos, el que cogí en el jardín y el de tu traje, son idénticos. Salieron de la misma pieza, de esa que llevas puesta.

—Gracias, Leo.

Silver arrugó el entrecejo.

—¿Sólo me querías para eso?

—No, para algo más. Para que me abras la puerta, Tienes que dejarme salir, Leo. Sólo por unas horas.

—Tú estás loco —dijo Silver, y se alejó por el corredor.

CAPÍTULO XV

Transcurrieron las horas.

Yo seguía encerrado, y sólo saliendo de aquella celda podría encontrar al asesino. El agente Jean
O’Hara
vino a traerme la cena, y ya había contado con eso.
O’Hara
era un buen chico, pero no tenía donde elegir.

Entró confiado y le dirigí un golpe entre los dos ojos. Lo sostuve para que no hiciese ruido al caer y lo dejé en el camastro.

Luego le quité la pistola y salí de allí.

Oí voces al final del corredor, en la sala.

El teniente Silver hablaba con el sargento Sidney. El operador estaba a la derecha, ante el cuadro.

Sidney fue el primero en descubrirme.

—¡Teniente! —dijo.

Leo me vio con la pistola en la mano y preguntó con reconvención.

—¿Qué tontería estás haciendo, Sutton?

—Ya lo ves, me voy.

—No puedes.

—Claro que puedo, y será mejor que nadie se oponga.

—¿Serías capaz de matamos?

—Os aseguro que no os mataré, pero tiraré a dar a las piernas… Será mejor que no me obliguéis. Estoy decidido a salir de aquí.

—No llegarás muy lejos.

—Sólo quiero demostrar que yo no maté a mi mujer.

—Muy bien, si no la mataste, vuelve a la celda y nosotros nos ocuparemos de eso.

—Reiré tú chiste en otra oportunidad.

—Por el amor de Dios, Sutton. No cometas más locuras.

—Oh, sí, claro, yo soy el asesino y puedo asesinar a otra mujer.

—No me refería a eso, sino a que empeorarás tu situación. El tribunal ya no podrá tener benevolencia contigo.

—Eres muy generoso, pero no me interesa una sentencia ni aunque fuese por seis meses. Soy inocente y no me gusta la celda. Ya basta de discusiones. ¡Todos contra la pared…! Las manos en la cabeza, ya sabéis.

Obedecieron y les fui sacando la pistola, que guardé en un cajón, bajo llave.

—Todos a la habitación del Comisionado —ordenó. Tampoco se resistieron.

—Ahora no tenéis armas, y será mejor que estéis aquí durante cinco minutos. Eso me bastará. Si venís detrás, me obligaréis a apretar el gatillo, No quiero herir a nadie.

—No hace falta que corramos detrás de tí. Caerás en nuestras manos de todas formas —contestó Silver.

Salí de la comisaría y caminé rápidamente hacia la izquierda. Poco después tomé un autobús.

Debía poner en práctica mis conocimientos de cómo huir de la policía, aunque hasta ahora siempre había sido yo el perseguidor.

Cambié tres veces de autobús, y no cometí el error de tomar un taxi. La mayoría de los taxistas me conocían, y no podía arriesgarme. Finalmente, hice las últimas dos millas a pie.

Abrí la cancela de un jardín que estaba bien cuidado, subí al porche y pulsé el timbre de la puerta.

Me abrió Duke Keena, un hombre de unos sesenta años. Yo lo había detenido unos tres años atrás, como presunto asesino de cierto tipo. Duke juró que era inocente. Todos le acusaron, pero me di cuenta de que aquel hombre no me engañaba, e investigué. Hice un buen trabajo y el resultado fue que el auténtico criminal fue a la cárcel y Duke Keena quedó libre.

—Teniente, ¿qué hace ahí? Entre rápido.

—¿Has oído la radio?

—Sí, ahora estaban hablando de usted.

—¿Y qué decían?

—Que había escapado de donde lo encerraron. Después de todo,

resulta lógico. ¿Cómo podían mantener cerrado a un hombre como usted?

—Creen que maté a mi mujer.

—Oh, sí lo sé. Las emisoras locales estuvieron hablando toda la tarde de eso. Demonios, ¿qué clase de estúpidos compañeros tiene usted, teniente? ¿Cómo pueden imaginar que usted mató a su esposa?

—Gracias por tener fe en mí, Duke. Yo no lo hice.

—No hace falta que me cuente nada, teniente. Ya sé que usted no haría una cosa como esa… ¿Quiere beber algo?

—Huele muy bien a café.

—Recién hecho, teniente.

—Tomaré una taza.

Nos fuimos a la cocina y ocupé una silla. El café era realmente bueno.

—Teniente —rompió el silencio Duke—. No tiene que preocuparse por su futuro.

—¿Crees que no?

—Quiero decir que lo sacaré de Boston y también del país… Sólo tiene que elegir el sitio, Brasil, China,
Hong-Kong…
Tengo buenos amigos, ¿sabe? Ellos sirven para un caso como el suyo.

—No quiero huir, Duke.

—¿No? —preguntó extrañado—. Muy bien. ¿Qué quiere que haga por usted?

—No, Duke, no quiero que hagas nada, ya te he comprometido bastante viniendo a tu casa.

—Teniente, no diga tonterías. Yo pude ir a la silla y usted me salvó. No pude pagarle nunca ese favor. Ahora puedo hacer algo por usted. Exijo que deposite su confianza en mí.

—Está bien, Duke, voy a confiar en ti.

—¿Por dónde empezamos, teniente?

—Quiero que telefonees a Edward Crane. Debe estar ahora en el periódico. Le dirás que sabes perfectamente que él es el asesino de mi mujer, que lo viste salir de la casa.

—De modo que fue él…

—No estoy seguro de que lo sea. Pero debo poner en práctica

este plan para adelantar algo.

Le expliqué los detalles de lo que tenía que decir. Finalmente, Keena se encontró en condiciones de marcar el número del diario donde trabajaba Crane.

Puso el teléfono de forma que yo pudiese escuchar la voz de Crane.

—Señor Crane, tengo que decirle algo muy importante relacionado con la muerte de Maggie Sutton —habló Duke.

—¿Qué es ello?

—Lo vi entrar en la casa del teniente Sutton.

—Oh, sí fui invitado a casa del teniente por la policía, cuando lo capturaron.

—No me refiero a ese momento, señor Crane. Lo vi entrar antes.

—¿Antes?

—Ya sabe. Cuando fue a liquidarla.

—¿De qué me está hablando?

—Usted lo sabe bien, señor Crane… Si usted entró dos veces en la casa, y la primera fue mucho antes que la policía lo invitase, significa que usted mató a Maggie Sutton.

—¿Habla usted desde el manicomio, amigo?

—Señor Crane no tengo interés en entregarle a la policía, pero llevo una vida muy penosa. Trabajo demasiado, señor Crane, y todo cada día está más caro. Usted ya me entiende.

—Sí claro que entiendo. Quiere que yo pague su silencio.

—Da gusto hablar con personas inteligentes como usted, señor Crane. Además, no le voy a ser muy gravoso. Me conformaré con un par de miles. —Soy decente, ¿verdad?

—No, amigo, no estoy de acuerdo en que sea usted una persona decente. Todo lo contrario. Es usted una sanguijuela, pero esta vez le salió muy mal el truco. No me va a chupar la sangre. Se lo aseguro…

—Entonces lo denunciaré a la policía.

—Puede hacer lo que quiera, pero fracasará, amigo. Yo sólo estuve una vez en casa del teniente Sutton, cuando los propios policías me pasaron su tarjeta de visita… Y le voy a dar otra noticia mucho más triste para usted, sanguijuela. Estuve toda la tarde ocupado. Tengo docenas de testigos para probarlo. Escuche, sanguijuela, hay sólo un asesino, el teniente Sutton. Fue él quien

mató a su mujer. Hable con Sutton y trate de sacarle a él el dinero.

Luego se oyó un golpe porque Crane cortó la comunicación.

CAPÍTULO XVI

—Caramba, teniente —dijo Duke—. ¿Cree de verdad que Crane lo hizo?

—No lo sé.

—¿No cree que él se arriesgaría demasiado mandándome al infierno? Si él entró en la casa para matar a su mujer, debió admitir que lo pude haber visto, a pesar de sus precauciones.

Yo paseaba de un lado a otro. Tenía metida en la cabeza la más pequeña pieza de la trampa que el asesino había montado para atraparme. El hilo gris de mi traje.

Pero ¿no le estaba dando demasiada importancia? ¿Y si me equivocaba? Podía haber dejado el hilo yo mismo involuntariamente, aunque no recordaba cuándo había pasado cerca de los arbustos, o el aire lo transportó hasta la ramita. Esas cosas pasan. ¿Y si el azar había trabajado en favor del asesino?

En la historia del crimen habían ocurrido casos muy singulares. Un policía debía tener mucho cuidado con eso, darle demasiada importancia a algo que no la tuviese.

Pero ¿qué camino tomaba ahora?

Había estado varias horas tendido en el camastro de mi celda pensando en las posibilidades de cada uno de los personajes. Posibilidades asesinas.

Y cuando creía estar más cerca de atrapar al criminal, se me desvanecía como si fuese un fantasma.

—¿Qué quiere que haga ahora, señor Sutton?

—Nada.

—¿Quiere decir que no va a seguir luchando?

—No se trata de eso, Duke, sino de que el asesino demostró ser un millar de veces más listo que yo.

—Eso no lo creo.

—Gracias, Duke, pero estoy vencido.

—Demonios, usted no puede decir eso. Siempre ha sido un hombre animoso. Recuerdo ciertas palabras tuyas cuando usted me sacó del apuro. Usted dijo que un hombre nunca debe amilanarse, que si el destino lo elegía como víctima, debía de pelear contra el destino.

—¿Dije yo eso?

—Tan seguro como me llamo Duke Keena. Le sonreí.

—Está bien, Duke. Quizá me sirva de lección. No se puede vivir con frases hechas, y aquella vez yo hice una frase.

Eché a andar hacia la puerta.

—¿Adónde va, teniente?

—Tengo que hacer una visita.

—A la chica, ¿eh?

—No, no es a la chica.

—Yo le acompaño.

—No, Duke, tú te quedarás aquí.

—Pero me puede necesitar.

—Si te necesito, te haré una llamada.

—Aquí me tendrá, al lado del teléfono.

—Sería mejor que durmieses.

—Usted me quitó el sueño —sonrió Keena—. Veré un rato la televisión.

—Gracias por todo, Duke.

—No me diga eso.

Le hice un saludo con la mano y salí de la casa.

Fui al «Club de los Corazones Solitarios», y cuando estaba a unas diez yardas de la puerta vi a Diana.

Sí, mis ojos no me engañaban. Era ella. Venía justamente hacia mí.

Me volví hacia la pared para que no me viese y, cuando ella pasó por mi lado, la tomé del brazo.

Ella lanzó un grito.

—¡Spencer!

—¿Qué estabas haciendo en el «Club de los Corazones Solitarios»?

—Investigando. Pedí información de todo el caso y sé que una

de las pistas te condujo hasta ese club.

—¿Te siguieron, Diana?

—Sí. Había un par de policías al lado de mi casa. Probablemente, ellos pensaron en esto que acaba de ocurrir por casualidad. Yo los conduciría hasta ti… Pero no te preocupes, me libré de ellos mucho antes. No quería que supiesen lo que yo iba a hacer.

—Hay un bar cerca de aquí. Tiene reservados muy discretos.

No volvimos a hablar hasta encontramos en una pequeña habitación.

—¿Con quién te entrevistaste, Diana?

—Con el secretario del club, Red Vancey. Quería saber si te había mentido con respecto a Steve Morgan… Pero hice las comprobaciones. Hablé con algunos socios. No hay ningún lugar a dudas. Morgan no pudo ser el asesino.

—Ya lo descarté.

—Entonces, ¿por qué te disponías a entrar en el club?

—Quería saber si estaba Morgan para que me hablase de otra persona.

—¿De quién?

—De Virginia Mineo, su patrona…

—¿Qué pasó con ella?

—Sabía las horas en que Morgan había salido los días 16 y 21 —moví la cabeza desalentado—, pero la señora Mineo se refirió a que tenía buena memoria. Ya pienso las cosas más absurdas.

Diana se quedó pensativa.

—¿Por qué no, Spencer?

—¿A qué te refieres?

—¿Por qué una mujer no pudo ser la asesina?

—Pensé lo mismo que tú.

—Las víctimas no han sido violadas.

—Eso es lo que ha llamado mi atención. Pero científicamente, no se puede llegar a una conclusión, quiero decir que no se puede establecer el sexo del asesino.

—Sin embargo, ¿por qué no conceder una posibilidad a las de mi sexo?

—Sí, las mujeres sois iguales que los hombres, con los mismos derechos y obligaciones.

—Y también podemos matar.

—¿Matarías tú?

—Nadie puede decir que no, ¿verdad, Spencer? Se mata por defender la propia vida, a la familia…

—Necesitamos saber más cosas de Virginia Mineo.

—Iré a hablar con ella.

—Ni lo pienses. No quiero que te sigas relacionando con este sucio asunto.

—Ya lo estoy hasta el cuello… Tus compañeros me estaban vigilando. Piensan que tú y yo estamos de acuerdo. Suponte que ahora me detuviesen. Tendría que decir la verdad, que he estado contigo. ¿En qué situación me colocaría eso?

Tenía razón. Yo era un fugitivo de la justicia y los dos estábamos allí en un reservado hablando de posibles sospechosos. Y eso la señalaba como un cómplice del asesino teniente de la Brigada de Homicidios, Spencer Sutton.

Se puso en pie.

—Decididamente iré a hablar con Virginia Mineo…

—No puedes dar tu nombre.

—Daré uno falso. Diré que soy Eva Muster, una empleada del Instituto Gallup. Estoy haciendo una encuesta. Eso me ayudará a improvisar.

—¿Y si no te recibe?

—Trataré de disuadirla. La tomé por los hombros.

—Diana, no sé si debo permitírtelo.

—Aunque no me lo permitieses, lo haría. De modo que te conviene admitirlo.

Me sonrió, y sentí deseos de besarla. Quizá ella lo esperaba, pero rompí aquella situación llevándola hacia la puerta.

—Vamos. Te esperaré cerca de la tasa.

—Traje mi coche.

Su auto era deportivo, como el de Larry, un «Jaguar». Saqué el paquete de cigarrillos cuando iniciamos el viaje.

—Enciende uno para mí —dijo.

Nos miramos una fracción de segundo. Ambos estábamos pensando lo mismo; en el día que nos conocimos, aquel día que parecía tan lejos como un millón de años.

CAPÍTULO XVII

Había pasado más de media hora desde que Diana se fue a hablar con la señora Mineo.

Ya había fumado dos cigarrillos en el coche, donde la esperaba, una docena de casas más abajo de la pensión de la señora Mineo.

¿Por qué tardaba tanto, Diana?

¿Quizá estaba en el buen camino? Si yo me dejaba ver, sería inoportuno pero cada vez estaba más intranquilo.

Finalmente, no pude soportarlo.

Salté del coche, fui a la casa y apreté el timbre. Nadie me abrió.

Eso me intranquilizó más e intenté abrir la puerta, pero estaba cerrada. Apreté con insistencia el botón.

Finalmente, oí pasos a la otra parte y abrieron. En el hueco vi la figura de Virginia Mineo.

—Buenas noches, señora Mineo. Entré rápidamente.

—¡Salga inmediatamente de aquí, teniente!

—Tranquilícese, señora Mineo.

Ella retrocedió hacia la pared, los ojos desorbitados.

—No me haga daño… Usted es el asesino.

—No, no lo soy.

—Entonces, ¿qué ha venido a hacer aquí?

Miré al *living*. Estaba desierto. El corazón me dio un vuelco.

—¿Dónde está Diana Merkel?

—¿Quién?

Por un momento olvidé que Diana no se iba a presentar allí con su personalidad.

—Eva Muster —dije—, del Instituto Gallup.

—No sé de quién me habla… Está usted desvariando.

—No, señora Mineo, no desvarío —contesté con los dientes

apretados.

—Primero habló de Diana Merkel, y luego de otra mujer, de esa Eva.

—Son la misma persona. ¿Dónde está?

—Teniente Sutton, está usted muy nervioso.

—Diana Merkel vino a hablar con usted, señora Mineo.

—Perdone, señor Sutton, pero yo no estaba aquí.

—No me va a confundir, señora Mineo. Ella y yo vinimos juntos y la vi entrar en esta casa.

—Pero yo no estaba en ese momento en el *living*, sino en la cocina… Espere, ya sé.

—¿A qué se refiere?

—Al señor Morgan. Eso es. El señor Morgan estaba en el *living*. Oí que abría la puerta y que hablaba con una mujer. Pensé que era una amiga suya.

Miré la escalera y eché a correr por ella.

Llegué ante la puerta de la habitación del señor Morgan y golpeé furiosamente.

—¡Abra, señor Morgan! ¡Sé que está ahí!

—Eh, ¿qué demonios pasa? —repuso Steve Morgan.

—¡Abra inmediatamente o echo la puerta abajo! Steve Morgan abrió poniéndose el batín. También él puso una cara de asombro al verme allí.

—Teniente, lo creí muy lejos de la ciudad.

Le propiné un empellón y entré en la estancia.

—¿Dónde está Diana?

—¿Quién?

—Diana Merkel, Eva Muster…

—No conozco a ninguna de las dos.

Lo atrapé por él cuello y lo empujé contra la pared.

—¿Qué ha hecho con ella, Morgan?

—¡Señor Sutton, me está haciendo daño!

—Le voy a estrangular si no me dice la verdad.

Sentí como se estremecía. En sus ojos se reflejó el miedo.

—Cuidado, teniente. No se preocupe. Todo se va a arreglar. Yo le ayudaré. Si perdió a esa mujer, dígame quién es y yo le ayudaré a encontrarla.

Me hablaba como si yo estuviese loco.

Empecé a sentir un vacío en el estómago, y un frío cada vez más grande se fue apoderando de mi cuerpo.

—Pero ¿qué es lo que busca, teniente?

—¿Qué cree usted, Morgan?

Me agaché y miré debajo de la cama. Era estúpido, pero lo hice. Me levanté lleno de ira.

—Morgan, usted abrió a Diana, a Eva…

—¿Cuándo?

—Hace poco más de media hora.

—Me metí en mi habitación hace aproximadamente dos horas y no he vuelto a salir.

—Está mintiendo.

—No, no le miento, Salí de allí corriendo.

—Eh, ¿a dónde va, teniente? —Oí a mis espaldas a Morgan.

Bajé los peldaños de la escalera y entré en el *living*. No, allí no había nadie y salí enseguida.

—¡Señora Mineo! ¿Dónde está, señora Mineo…? Nadie me contestó.

Oí pasos arriba y vi aparecer la cara asombrada de Steve Morgan.

—¿Quiere que llame a un doctor, teniente? —preguntó.

—¿Cuál es la habitación de la señora Mineo?

—Aquí arriba, la primera. ¿Quiere que vea si está?

Ya no me podía fiar de nadie. ¿Y si Morgan y la señora Mineo trabajaban conjuntamente?

—¿Hay sótano en esta casa, Morgan?

—Sí.

—¿Dónde está?

—En la cocina, a la izquierda.

Pensé improbable que Virginia Mineo hubiese venido detrás de mí cuando fui a la habitación de Steve Morgan.

Pasé otra vez por delante de la escalera y me interné por un corredor. Seguí hasta el fondo y entré en la cocina.

Vi una pequeña puerta, saqué la pistola, puse la mano en el tirador y abrí. Dentro reinaba una gran oscuridad.

Busqué el conmutador de la luz y encendí. Ante mí se iniciaba una escalera.

Bajé muy aprisa.

Oí un gruñido y me detuve al contemplar el cuadro. Diana estaba sentada en una silla, amordazada, las manos atadas a la espalda.

La señora Mineo, detrás de Diana, la sujetaba por el cabello con la mano izquierda. Su diestra empuñaba un cuchillo cuyo agudo filo se apoyaba en la garganta de la joven.

—¡Suelte esa pistola, teniente! —gritó Virginia.

—Señora Mineo, es preferible que se entregue. Rió con una risa escalofriante, de perturbada.

—Teniente Sutton, se lo digo por última vez. ¡Tire esa pistola o degüello ahora mismo a la chica!

Abrí la mano y la pistola cayó al suelo.

—Termine de bajar la escalera —dijo. Obedecí de nuevo, mientras murmuraba:

—Señora Mineo, no puede matarla.

—¿Quién dice que no?

—Yo me ocuparé de usted.

—Oh, sí, claro. Sé cómo se ocuparía de mí. Mandándome a un manicomio… Pero eso no va a ocurrir, teniente. Usted sustituyó el amor de su mujer por el de esta muchacha. La mataré a ella también.

—Diana es inocente.

—Todo el mundo es inocente.

Había llegado abajo y me estaba acercando a ellas.

—Quédese ahí, teniente —exclamó Virginia—. Un paso más y acabo con la muchacha. Me detuve como ella quería.

Su mano apretaba con más fuerza el cuchillo.

La hoja de acero hizo un corte en la garganta de Diana, y vi como resbalaba la sangre por su bronceada piel.

Capítulo XVIII

—¿Por qué la va a matar, Virginia? ¿Por qué?

—No sea ingenuo, teniente. Me descubrieron.

—No podrá escapar.

—No, no me van a atrapar después que los haya matado a ustedes dos.

—Pero ¿no se da cuenta de que no puede seguir asesinando impunemente ahora que ha sido descubierta? Mis compañeros darán con su pista.

—Sí, lo admito, pero a pesar de eso lograré escapar y continuaré mi trabajo en otra parte. Quizá en Nueva York, o en Chicago. No lo tengo decidido todavía. Seguiré matando a mujeres como Carol Marshall, Deborah Bond…

—¿Por qué las mata?

Había retirado unas pulgadas el cuchillo de Diana. La herida no tenía importancia. Era un simple rasguño.

—Les hago un favor —contestó Virginia.

—Si es eso, ¿por qué no se lo pregunta a ellas? Déjelas que opinen acerca del destino que usted les depara.

—No tienen voz ni voto.

—Oh, sí, claro. Usted decide. Sólo usted.

Salté sobre ella. Había calculado la distancia y contaba conque sus reflejos fuesen buenos para que yo no fallase. Un ser humano, en sus circunstancias, dejaría su presa para acabar conmigo.

Tenía que levantar el cuchillo para clavármelo a mí. Tenía que hacerlo. Sus reflejos respondieron.

Vi como el cuchillo se iba a hundir en mi pecho.

Todo ocurrió en fracciones de segundo, pero cuando bajaba su mano la atrapé por la muñeca.

Los dos caímos en el suelo. Dimos vueltas.

Logró desembarazarse de mí porque tenía una fuerza terrible que no había podido imaginar.

Otra vez el cuchillo estaba listo para hundirse en mi carne.

Hice un brusco movimiento con su brazo y la hoja penetró en su estómago hasta el mango.

La cara de Virginia Mineo se desencajó. Los dos quedamos quietos, ella encima de mí, y de pronto cayó por mi lado, hacia la derecha.

Entonces ocurrió algo que me produjo el mayor asombro.

El cabello se desprendió de la cabeza de Virginia. Sí, eso era, una peluca. Vi unos rasgos distintos, el pecho plano, sus orejas, su cuello…

Virginia Mineo era un hombre. Me levanté tambaleándome.

Fui al lado de Diana y le quité la mordaza.

Oímos un gruñido. Era Virginia, por seguir llamándole así. Todavía no había muerto y fuimos a su lado.

Sus manos estaban sobre el mango del cuchillo.

—¿Cuál es su nombre realmente? —pregunté.

—James Cooper…

Oí pasos en la escalera.

Era el teniente Silver, quien bajaba por allí. Le seguía Steve Morgan, el sargento Sidney, Danny…

Estaba claro que Morgan los había llamado.

—Cooper —dije volviendo la mirada al moribundo—, ¿por qué mató a Maggie?

—Ella reunía las condiciones. No tenía hijos y estaba sola en casa. Y además de todo eso, era la esposa del teniente encargado del caso… Las odio a todas, las odio con todas mis fuerzas… Son las culpables de que exista la maldad en el mundo. Mi madre me abandonó en un orfelinato, y ni siquiera ella sabía quién era mi padre… Odié a todas las mujeres en silencio durante mucho tiempo, hasta que se me ocurrió la brillante idea de ser como ellas. Sí, sería una mujer, para matar como un hombre… Una combinación perfecta… Naturalmente, ponía mucho cuidado en que no me viesen. Pero si me hubiesen visto, dirían que el que había matado a las mujeres era un hombre y yo, en mi vida privada, era una mujer. Fui muy listo.

—Sí, lo fue, especialmente para cargarme la muerte de mi mujer.

—Cuando usted habló conmigo, se me ocurrió la idea más audaz de todas, la de matar a su propia mujer. Le quité el hilo del traje… Usted no se dio cuenta. Cuando fui a matar a su mujer, llevaba conmigo el diario de donde había recortado las letras que me sirvieron para escribir la carta… Lo dejé allí. Me llevé un gran susto cuando me encontré el perro de su mujer. Creí que tendría que abandonar mi plan, pero, enseguida, el perro y yo nos hicimos amigos.

—¿Qué le dijo a mi mujer para que lo admitiese en casa?

—Yo era un amigo de usted, un viejo amigo… Nos habíamos conocido muchos años atrás… Estaba de paso por Boston. Fue fácil…

Luego expiró.

* * *

—Tenemos que pedirle disculpas, señor Sutton —dijo el Comisionado.

—Yo se las acepto, pero no puedo retirar mi dimisión.

—Piénselo, señor Sutton. Creo que va a cometer una tontería.

—No, señor Bolger, Está decidido. No puedo seguir siendo teniente de policía de la Brigada de Homicidios de Boston.

—Todo se olvidará.

—Sí, no lo dudo.

—Lo principal es que usted era inocente.

—Hay muchas más cosas, señor Bolger —dije, y le tendí mi mano. Bolger me la estrechó con calor.

—Siento de verdad que se marche, Sutton. Se Jo aseguro.

—Hasta la vista, señor Bolger.

En la oficina estaban casi todos, el teniente Silver, el sargento Sidney, Danny, Bill Mason…

Se hizo una pausa embarazosa ante nosotros. El teniente Silver me sonrió.

—Fui injusto contigo, Spencer.

—Olvídalo, Leo.

Me despedí de uno a uno y eché una ojeada a la mesa donde

había pasado mucho tiempo en aquellos años.

Salí a la calle, y respiré el aire fresco. Me dirigí a la playa de estacionamiento. Llegué a mi coche y me senté al volante. Diana estaba a mi lado.

—¿Preparada?

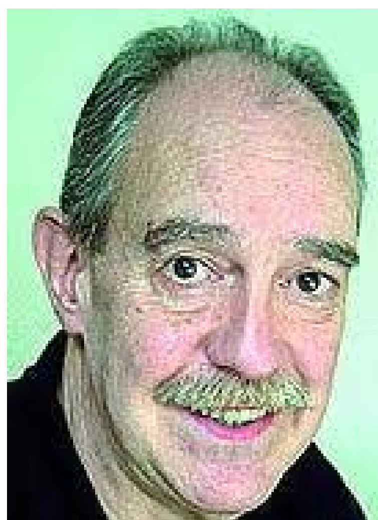
—Sí, lista para viajar a Los Ángeles. Y tú también debes de estar listo para convertirte en el mejor abogado criminalista de California.

Tenía ganas de llegar e iniciar mi trabajo. Se me ofrecía la oportunidad de empezar una nueva vida, y no quería desaprovecharla.

Diana se inclinó sobre mí y me besó en la boca.

Le sonreí, puse en marcha el coche y empezamos el viaje hacia Los Ángeles.

FIN



Keith Luger era uno de los seudónimos de Miguel Oliveros Tovar, nació en La Coruña el 17 de marzo de 1924. Su padre, Juan Oliveros Bueno, capitán del cuerpo de sanidad militar, y su madre, Presentación Tovar Rivas, eran de la provincia de Granada, de Ojiva él y de Salobreña ella. En la fecha indicada, el padre estaba destinado en la ciudad gallega donde permanecieron hasta que el niño cumplió los tres años. El siguiente destino paterno fue Melilla y, cuando Miguel era ya un adolescente, llegaron a Valencia.

Estudió el bachillerato en el instituto «Luis Vives». Terminado con brillantez, pasó a la Universidad, donde fue un aventajadísimo estudiante de Derecho. Los cinco cursos de la carrera los hizo en tres años. Jura como abogado el 10 de febrero de 1949. Ejerció como tal algunos años. En las tarjetas que distribuía a sus clientes, además de su nombre, podía leerse: «abogado criminalista».

Durante esta época encontró tiempo para preparar oposiciones al ayuntamiento valenciano. Las aprobó y llegó a jefe de negociado.

Miguel Oliveros publicó, entre agosto de 1953 y julio de 1972, las últimas fueron póstumas, novecientas quince novelas (915) de los géneros: oeste, policial, ciencia-ficción y rosa.

Otro seudónimo fue el de «Miguel Romano» (para novelas rosas) o

el de «Bronco Mike» (para la editorial argentina Trébol).